



Sales

Esta

Numero

B  
85  
25

Biblioteca Universitaria

S

Re

T

Numero

C  
17  
93

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15

2  
38-164

BIBLIOTE

G

Sala:

B

Esta

25

Número:

425

Biblioteca Universitaria

CRANADA

Sala:

C

Estante

17

Tabla

Número

193

2  
38-164

2

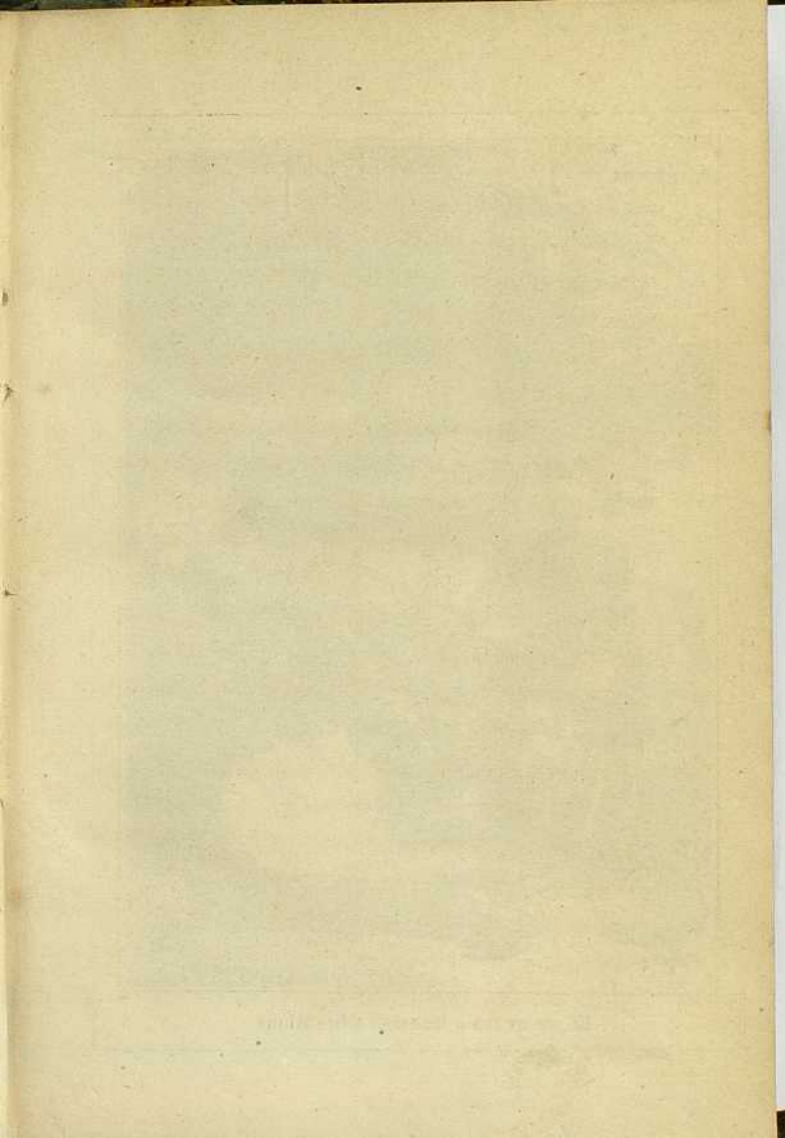
38-164

UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

---

BY OIL PRESS IN CALIFORNIA.







El jaguar iba á lanzarse sobre Aluna.

11-407      R. 27482  
(1)

Galería Literaria.—Murcia y Martí, editores.

---

# UN GIL BLAS EN CALIFORNIA

IMPRESIONES DE VIAJE

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDA

POR E. H. Y F.

---

TOMO I.

---



MADRID.  
Imprenta de la Galería Literaria,  
Colegiata, 6.

1873.

584485

Historia Literaria - Historia y Geografía editores

UNIVERSIDAD DE CHILE

IMPRESIONES DE VALDÉ

Es propiedad de los editores.



1911

## INTRODUCCION.

Mi querido editor:

Seguro estoy de que os sorprenderá grandemente, cuando hayais leído estas líneas, encontrar á su final la firma de un hombre que, segun sabeis, si bien escribe muchos libros, es el ménos aficionado á escribir cartas que puede encontrarse en todo el mundo.

Vuestra extrañeza cesará, sin embargo, y vereis explicado este fenómeno cuando fijeis la vista en el volúmen que acompaña á la carta y que se titula: *Un año en las orillas del Sacramento y del San Joaquin.*

Pero,—me direis indudablemente,—¿cómo puede ser que vos, á quien he visto hace ocho dias en París, hayais podido en tan corto espacio de tiempo realizar un viaje á California, permanecer un año en aquellas lejanas comarcas y regresar á Europa?

Tened la bondad de leer, mi querido amigo, y todo lo vereis explicado.

Me conocéis bastante, y sabéis, por consiguiente, que no hay en la tierra un hombre más aventurero y al mismo tiempo más sedentario que yo. Con la misma facilidad abandonó á París para emprender un viaje de tres ó cuatro mil leguas, que me encierro en mi casa para escribir ciento ó ciento cincuenta volúmenes.

Por extraordinario, sin embargo, el 11 de julio último tomé la resolución, algo extraña en mí, lo confieso, de ir á pasar dos ó tres días en Enghien. No creais que me llevaba allí el pensamiento de divertirme, pues semejante idea no había pasado por mi imaginación. Lo que había únicamente era que, deseando consignar en mis memorias un suceso que tuvo lugar en Enghien hace veintidos años, tenía necesidad de visitar, á fin de no incurrir en errores, unos sitios que no había vuelto á ver desde aquella época.

Yo sabia perfectamente que se había des-

cubierto una fuente de agua mineral en Enghien, como se ha descubierto despues otra en Pierrefons y otra más tarde en Anteuil; pero ignoraba por completo los cambios, ó por méjor decir, las mejoras que este descubrimiento habia producido en la poblacion, y por consiguiente, que Enghien estaba verdaderamente en camino de ser en el porvenir una ciudad importante, como Ginebra, Zurich ó Lucerna, en tanto que empezaba á tornarse en un puerto de mar, como Asnieres.

Partí, pues, dirigiéndome á Enghien, en el tren de las once menos cuarto de la noche, y quince minutos despues me encontraba ya en la estacion, preguntando por el camino que conducia á la villa.

¡Figuráos, mi buen amigo, un parisien, ó lo que es con corta diferencia lo mismo, un provinciano que hace veinticinco años que habita en París, y que, sin embargo, preguntó en la estacion de Enghien por el camino de Enghien!

Así fué que el empleado á quien dirigí mi

pregunta, creyendo sin duda que trataba de burlarme de él, lo que estaba muy lejos de mis intenciones; el empleado, digo, sin dignarse mirarme y con esa política especial y tan conocida que tienen para el público los que del público dependen, se contentó con responderme:

—Llegad hasta el puente y tomad á la derecha.

Le dí las gracias, salí de la estacion y tomé el camino que me indicaba.

Llegué al puente, miré á la derecha y ví con sorpresa una villa cuya existencia ignoraba por completo.

Aquella poblacion no se parecia en manera alguna á Enghien.

Un extenso estanque, cubierto de juncos y de cañas y lleno de patos, de gansos, de ánades, de pollas y de otras aves acuáticas, con dos ó tres casitas sobre una calzada; hé aquí á mi Enghien, al Enghien de mis recuerdos, al Enghien que buscaba y que habia visto veintidos años antes.



Tomé aquella aglomeración de casas por un falso Enghien, y me puse á buscar el verdadero.

—Llegad hasta el puente y tomad á la derecha,—murmuré repitiendo las palabras del empleado.

A la derecha había un caminejo estrecho, un camino de peaton, un verdadero sendero: aquel camino debía necesariamente conducirme á Enghien.

Sin vacilar me aventuré por él.

Poco después me encontré en un campo cercado por setos y me detuve sorprendido.

En mis ideas, Enghien no podía haber alcanzado aún el rango de una villa; pero tampoco podía haber descendido al nivel de la yerba. Enghien no era Babilonia embellecida por Alejandro; pero tampoco podía ser Cartago destruida por Scipion. No; el arado no había pasado sobre Enghien, ni en su suelo se había sembrado sal, ni habían caído las maldiciones infernales sobre su recinto. Era indudable que me había extraviado y que no

estaba en el lugar donde habia sido Enghien.

Volví sobre mis pasos, que es el gran recurso de los viajeros que han perdido su camino y de los oradores que se pierden en sus discursos; volví sobre mis pasos, y no tardé en encontrar, siempre á la derecha, una especie de puente de tablas que me condujo, no diré á la sombra, porque me quedaria corto, sino á la oscuridad de una calle de árboles, á través de cuyo espeso follaje me pareció ver, hácia mi izquierda, bajo los reflejos de un cielo tempestuoso, el agua sombría del estanque.

Me obstino en llamar estanque al depósito de agua de Enghien, olvidando que, aunque disminuyese en la mitad, aun podria merecer el nombre de lago.

Continuaba ardientemente mi camino, pues desde el momento en que veia el agua no podia estar lejos de Enghien.

Esta proximidad del término de mi viaje me era tanto más agradable cuanto que el agua comenzaba á caer en gotas bastante

gruesas y que yo llevaba un traje de verano con zapatos escotados.

Apreté el paso y anduve durante un cuarto de hora, poco más ó menos. A pesar de lo vago de mis recuerdos, aquel camino me parecía demasiado largo, y la absoluta ausencia de edificios me desconcertaba por completo. Sin embargo, la presencia del agua á mi izquierda me demostraba que no me habia extraviado, y cobrando nuevos ánimos volví á emprender la marcha.

No tardé en encontrar un espacio libre de árboles. Esto era precisamente lo que yo buscaba y entonces empecé á ver claro en la topografía hasta allí tan embrollada de mi viaje.

Habia emprendido, sin vacilar, la vuelta alrededor del lago, y partiendo de su extremidad meridional, me encontraba entonces en el lado opuesto, es decir, en la extremidad Norte.

A la otra parte del depósito de agua brillaban dos ó tres lucecitas que me indicaron

la situacion de los edificios que inútilmente habia buscado; tanto á la derecha como á la izquierda se elevaban, tan inesperados para mí como esas decoraciones de teatro que aparecen de repente al sonido del pito del maquinista, casas de campo góticas, chalets suizos, villas italianas, parques ingleses, y sobre el lago, ocupando el lugar de los patos, de los gansos y de las pollas de agua, millares de puntos blancos surcaban en todas direcciones la tranquila superficie, reconociendo en ellos, despues de algunos minutos de atento exámen, magníficos cisnes de flexible cuello y nevado plumaje.

Figuráos, amigo mio, un parisien que hubiese apostado atravesar con los piés desnudos sobre el hielo del grande estanque de las Tullerías, y que estando á la mitad del camino, se detiene, diciendo: «A fé mia, que esto está muy frio; quiero mejor perder la apuesta,» y vuelve sobre sus pasos.

Lo mismo quise hacer yo; pero sin saber por qué, vino á mi imaginacion el recuerdo

de todas las bromas que acerca de mí se habían escrito, porque en 1834 no había podido dar la vuelta en torno del Mediterráneo, y previendo lo que se escribiría si se llegaba á saber que me había sido imposible rodear el lago de Enghien en 1851, volví á ponerme en marcha inmediatamente.

Seguia el camino circular que rodea aquella nueva Venecia, y no podía, por consiguiente, engañarme. Sucederia tal vez que volviese á mi punto de partida; pero para que esto tuviese lugar tenia necesariamente que pasar por delante de todos los edificios construidos sobre la calzada y que, para mí, constituian la sola, la única, la verdadera Enghien.

Al fin, despues de un cuarto de hora de marcha, llegué á ese Enghien tan deseado.

Una vez todavía creí que me había perdido, tan poco se parecia aquella poblacion al Enghien de 1827; pero interrogué al conductor de un cochecillo que pasó á mi lado, y por él supe que había llegado al término de mi viaje.

Encontrábame en frente del *Hotel de Talma*.

Esto era, según mis presentimientos, de buen agüero para mí, que tanto había amado y admirado al grande artista.

Llamé á la puerta del *Hotel de Talma*, que estaba oscuro y silencioso, desde la cueva hasta el granero.

No importaba: tenía tiempo para filosofar.

Hay quien dice que el olvido es una ley general, universal, absoluta. Eso no es verdad: he aquí un hombre, el dueño de este hotel, que se ha acordado de Talma y ha colocado su establecimiento bajo la invocación del insigne artista.

Es verdad que yo hubiera querido mejor ver un monumento grandioso elevado en una de nuestras plazas á la memoria del ilustre trágico que durante treinta años ilustró la escena francesa, que un modesto y prosáico hotel edificado en un villorrio. Pero, ¿qué quereis? Me pareció que siempre valia más ver escrito el nombre del célebre actor, veinticinco años

despues de su muerte, sobre la muestra de un hotel que no verlo en ninguna parte.

Sabeis, mi buen amigo, donde está el de Garrik: en Westminster, enfrente del de un rey, del de Jorge IV.

Y esto es justicia; pues, en verdad, tan rey fué el uno como el otro.

Yo esperaba que se abriese la puerta del hotel de Talma.

Sin embargo, como tardase más de lo conveniente, llamé por segunda vez.

A los pocos momentos rechinó la vidriera de una pequeña ventana y aparecieron en ella un brazo y una cabeza.

Una cabeza desgreñada y perteneciente sin duda alguna á un hombre de mal génio.

Una cabeza de cochero borracho; una cabeza insolente, en fin.

—¿Qué quereis?—preguntó con acento ágrío.

—Una habitacion, cena y lecho,—respondí.

—El hotel está lleno,—replicó la cabeza.

Y acto seguido desapareció; el brazo tiró de la vidriera, y la ventana se cerró violentamente, en tanto que tras ella la cabeza continuaba gruñendo:

—¡Las once y media de la noche! ¡Bonita hora, en verdad, para venir pidiendo cena y lecho!

—¡Las once y media!—murmuré reflexionando;—¡me parece, sin embargo, que ésta es precisamente la hora de cenar y de acostarse! En fin, si el hotel de Talma está lleno en otro encontraré una habitación desocupada.

Y me puse resueltamente en busca de un aposento, de una cena y de un lecho, tres cosas de que tenía absoluta necesidad.

No tardé en encontrar un inmenso edificio, del que brotaban raudales de luz, y en el que se oían los acordes de una orquesta.

Me acerqué, y sobre su puerta ví este rótulo en letras de oro: *Hotel de los Cuatro Pabellones*.

—¡Oh!—pensé;— ¡qué el diablo me lleve si en alguno de sus cuatro pabellones no tiene



este magnífico hotel una habitacion para mí!

Entré sin vacilar: el piso bajo estaba espléndidamente iluminado; pero el resto del edificio permanecia en la oscuridad más profunda.

Busqué una persona á quien dirigir la palabra; pero inútilmente.

Parecia que me hallaba en el palacio de *La bella de los bosques*, donde todo el mundo duerme; pero en el hotel de los Cuatro Pabellones no habia nadie, absolutamente nadie, ni durmiendo ni velando.

Solo habia gentes que bailaban y músicos que hacian bailar.

Aventuréme, sin embargo, por un corredor que debia conducir al salon del baile, y allí encontré un sér, una criatura que se parecia á un criado.

—Amigo mio,—le dije,—¿podreis proporcionarme una habitacion, cena y lecho?

—¿Dónde?—preguntó el criado.

—¡Dónde! Aquí.

—¡Aquí!

—Sin duda; ¿no estoy, acaso, en el hotel de los Cuatro Pabellones?

—Sí, señor.

—Y bien, ¿no habrá una habitación...

—¡Oh! Si señor; habrá más de ciento cincuenta.

—¿Y cuando?

—Cuando el baile haya concluido.

—¡Ya! Y el baile concluirá...

—¡Oh! En cuanto á eso, señor, no puedo decírselo; pero si quereis bailar...

Este *si quereis bailar* me pareció tan impertinente como el *todo está lleno* del hotel de Talma.

Por consecuencia, me retiré, buscando otro albergue.

El único respecto del cual podía conservar esperanzas era el hotel de Enghien; un tabernero que estaba á la puerta de su tienda me le indicó y llamé; pero esta vez el posadero no quiso tomarse el trabajo de responder.

—¡Ah!—dijo el tabernero asomando la cabeza por la puerta;—esa es la costumbre del

tio Bertrand cuando no tiene en el hotel aposentos vacíos.

—¡Cómo!—exclamé;— ¿no responde?

—¿Y para qué?—repuso el tabernero;—no teniendo habitaciones...

Esta respuesta me pareció tan lógica que no tuve una palabra que replicar.

Dejé caer los brazos á lo largo de las caderas y la cabeza sobre el pecho, completamente desalentado.

—¡Oh!—murmuré con abatimiento;—¡he aquí lo que nunca hubiera creído! ¡no encontrar un albergue en Enghien!

Después, levantando la frente, pregunté:

—¿Y lo encontraré en Montmorency?

—¡Oh! De seguro.

—Y decidme, ¿es aún el tío Leduc quien tiene la hostería del Caballo blanco?

—No, señor; es su hijo.

—Vamos bien,—pensé;—el padre era un posadero chapado á la antigua: el hijo, si ha estudiado en su escuela, como es posible, estará acostumbrado á levantarse á todas las

horas de la noche, y sabrá encontrar habitaciones donde no las haya.

Despedime del tabernero, y á pesar de la lluvia, ó mejordicho, á consecuencia de aquella misma lluvia, cuya violencia aumentaba por momentos, tomé el camino de Montmorency.

Al otro lado de la via férrea todo permanecía estacionario y en el mismo estado en que lo habia conocido veinte años antes. Aquel era, en efecto, el clásico camino que entonces habia seguido, atravesando los campos, bajo la sombra de los grupos de nogales, y rodeando el pueblo sobre aquellas encantadoras piedrecillas puntiagudas, que deben haber sido suministradas á la municipalidad por los alquiladores de caballerías, á fin de colocar al viajero en la imposibilidad de hacer el camino á pié.

A primera vista reconocí la pendiente cuesta, el solitario mercado y la hostería del Caballo blanco.

La una y cuarto indicaba en aquel mo-

mento el relój de la villa; era un poco tarde, pero llamé.

—¿Debia esperar que me recibiesen bien, cuando dos horas antes me habia visto tratado casi como un vagabundo en el hotel de Talma?

Oí ruido, ví brillar una luz y sonaron pasos en una escalera.

Esta vez nadie me preguntó qué queria, sino que me abrieron la puerta.

Apareció una jóven medio desnuda, fresca, guapita y que sonreia, á pesar de haber sido turbada en las dulzura del primer sueño.

Se llamaba Margarita. Hay nombres, mi buen amigo, que permanecen grabados en el corazon.

—¡Ah, señor!—exclamó;—¡en qué estado llegais! Tened la bondad de pasar; os secareis y os mudareis de ropa.

—En cuanto á entrar y á secarme,—respondí,—acepto con mil amores; respecto á cambiar de ropa...

Y terminé mi respuesta, mostrándole un paquete que desde la estación del ferro-carril llevaba bajo el brazo y que contenía una camisa, dos pares de calcetines, un manual cronológico y un tomo de *La Revolución* por Michelet.

—¡Ah!—replicó la jóven,—eso no importa; en casa del tío Leduc encontrareis todo lo que os haga falta.

¡Oh! ¡Santa hospitalidad! ¡Lo que te hace grande, lo que te hace semi-divina, no es el ser ofrecida gratuitamente, sino que te ofrezcan con buen rostro y voz amiga!

¡Oh! ¡Santa hospitalidad! ¡Decididamente habitas en Montmorency, y Rousseau, que no era siempre muy sensato, supo bien lo que se hacia cuando te fué á buscar á la Chevrettel ¡Yo no sé cómo te recibió la vieja marquesa de Epinay, oh sublime autor del *Emilio*; pero seguro estoy de que, aun conociéndote, no te hizo tan buen recibimiento como el que, sin conocerme, tuvo para mí la hermosa Margarita!

Detrás de Margarita bajó el tío Leduc, que me reconoció al momento.

Entonces la hospitalidad tomó proporciones gigantescas; se me instaló en la habitación más bella de la hostería, en el *apuesto de la señorita Raquel*; Leduc corrió á servirme la cena y Margarita se apresuró á arreglar mi lecho.

Como supondreis, mi buen amigo, me vi obligado á relatar mi historia.

¿Cómo era que me encontraba á la una y cuarto de la madrugada, á pié, calado hasta los huesos y con un paquete bajo el brazo, llamando á la puerta de la hostería del Caballo blanco, en Montmorency? ¿Había acaso en París una revolucion, un 31 de mayo contra los escritores, é iba á pedir la hospitalidad del destierro como Barbaroux ó Louvet?

Por fortuna nada de esto existía, y así lo aseguré al tío Leduc.

Díjele que habia ido sencillamente á pasar un dia ó dos en Enghien, y que no habiendo encontrado en aquella poblacion ni un mise-



rable albergue, me habia alargado á Montmorency.

El tio Leduc exhaló un suspiro, que encerraba mucha más elocuencia que el célebre *tu quoque* de César.

Concluí diciendo que no iba á Enghien para distraerme, sino para trabajar.

—Y bien,—respondió el tio Leduc,—trabajareis en Montmorency en vez de hacerlo en Enghien, y aquí sereis menos importunado.

Habia tanta y tan profunda melancolia en estas palabras, que no pude menos de responder para consolar un poco al hotelero:

—Sí; y en vez de permanecer aquí cuarenta y ocho horas, me detendré ocho dias.

—¡Oh!—dijo el tio Leduc;—si permanecéis aquí ocho dias, trabajareis en una cosa que está muy lejos de vuestra imaginacion.

—¡De veras! ¿Y en qué trabajaré?

—En un viaje á California.

—¿Sí? ¡Vamos, mi buen tio Leduc, sin duda estais loco!



—Esperad á mañana, y me dareis las gracias.

—Sea, esperaré á mañana; de todos modos, me gusta aprovechar las casualidades. En un dia hice un viaje con Dausats al Egipto, donde no he estado nunca; encontradme un hombre tan espiritual como Dausats, que llegue de California, y regresaré con él.

—Hé ahí justamente vuestro asunto; se trata de un mozo que ha llegado ayer y que trae casi hecho su Diario; es un verdadero Gil Blas, que ha sido esportillero, buscador de oro, cazador de gamos y de osos, mozo de fonda, mercader de vino y segundo del buque en que ha regresado de San Francisco por la China, el estrecho de Malaca, el golfo de Bengala y el cabo de Buena Esperanza.

—¡Ah! ¿Y cuando podré verlo, mi querido tío Leduc.

—Cuando queráis.

—Bien,—respondí;—pero debo advertiros que para mí California es una cosa muy distinta de lo que es para otros.

— ¡Ah! ¿Y qué es para vos?

— Eso es demasiado largo para esta noche. Son las dos de la madrugada, me he calentado bien, he cenado mejor, y quiero acostarme: hasta mañana, pues, tío Leduc.

A la mañana siguiente, el tío Leduc me presentó su viajero.

Era un mozo de veintiseis años, de mirada inteligente, barba negra, expresión simpática y cutis tostado por el sol del Ecuador, que había pasado cuatro veces.

Apenas hube hablado con él por espacio de diez minutos, y ya estaba convencido de que semejante hombre debía haber traído un Diario muy interesante.

En efecto, lo leí de cabo á rabo, y vi que no me había engañado.

Este es el Diario que os envío, mi querido editor, algo revisado, muy poco corregido y absolutamente en nada aumentado por mí.

Y ahora, permitidme que os diga lo que no quise decir la otra noche al tío Leduc, á pro-

pósito de California, bajo pretexto de que era tarde y estaba demasiado fatigado.

Yo pienso de California lo que el tío Ledue piensa de Enghien, que se agranda y cobra vida, en tanto que Montmorency languidece y sucumbe.

El ferro carril, es decir, la civilizacion, pasa á cincuenta metros de Enghien y á media legua de Montmorency.

Yo he visto en el Mediodía un pueblecillo llamado Les Baux: en otro tiempo, es decir, hace un siglo, era un alegre nido de hombres, mujeres y niños, situado en la falda de una colina, fértil en frutos, rico en flores, embalsamado por frescas y perfumadas brisas, animado por dulces cantos. El domingo, al rayar el día, decíase la misa en una pequeña y bonita iglesia blanca, con frescos de colores vivos, ante un altar bordado por la señora del lugar y adornado con pequeñas imágenes de madera dorada; por la tarde se bailaba bajo las frondas de los sicomoros, que tendian sus ramas sobre tres generaciones

que allí habian nacido, que allí vivian y que allí esperaban morir. Por aquel pueblecillo pasaba un camino que iba, sino me engaño, de Tarascon á Nimes, es decir, de una ciudad á otra ciudad, y aquel camino era la vida del pueblo. Lo que para la provincia no era más que una vena secundaria, para él era la arteria principal, la aorta que hacia latir su corazón.

Un dia, por economizar la distancia de media legua, el trayecto de media hora, los ingenieros, sin comprender que cometian un asesinato, trazaron otro camino. Este camino, en vez de rodear la montaña, iba por la llanura, dejando el pueblo á la izquierda, pero lejos, muy lejos, ¡á media legua! Esto era poca cosa, sin duda; pero en fin, el pueblo no tenia ya su camino. ¡Y aquel camino era su vida, y hé aquí que de repente la vida se habia retirado de él!

El pobre pueblo languideció, agonizó, murió: yo le he visto muerto, sin animacion, sin vida. Todas las casas fueron abandonadas; al-

gunas permanecen aun cerradas, como las dejaron sus habitantes el dia en que las dijeron adios; otras están abiertas á todos los vientos, y en varias un viajero extraviado sin duda, un bohemio errante tal vez, ha encendido fuego en la desierta cocina con los muebles destrozados. La iglesia existe todavia, la alameda de sicomoros existe tambien; pero la iglesia ha perdido sus frescos, la sabanilla de altar cuelga desgarrada, y algun animal salvaje, huyendo espantado del tabernáculo, del cual habia hecho su refugio, ha derribado las pequeñas imágenes de madera; la alameda ha perdido su alegría y su animacion, y en el cementerio el padre espera en vano á su hijo, la madre á su hija, el abuelo á su nieto; sorprendense en su tumba al no oír remover la tierra en torno suyo y se preguntan: ¿Qué pasa en lo alto? ¿Es que ya no hay muerte?

Pues bien; de la misma manera que agonizó y murió este pobre pueblo, agoniza y muere Montmorency, solo por que la arteria de fuego, el camino de hierro, le ha desdeña-

do, favoreciendo á Enghien. Sin embargo, los extranjeros hacen aun la peregrinacion á la Chevrette, y he aquí que el pobre villorrio, muriendo, vive de la proteccion de un muerto. El génio tiene eso de bueno, y es que su vigor puede reemplazar al sol, del cual es una emanacion.

Ahora bien, amigo mio, yo medito con mucha frecuencia acerca de la marcha de la civilizacion, es decir, del sol intelectual. Más de una vez, cuando nada nuevo ó interesante tengo que leer, cojo un mapa-mundi, libro humano que encierra millares de páginas, cada una de las cuales refiere la elevacion ó la caida de un imperio. ¿Qué historia busco? ¿La de esos antiguos reyes de la India, de nombres desconocidos? ¿La del egipcio Menes, la del babilonio Nemrob, la del persa Cambises, la del troyano Scamandro, la de la cartaginesa Dido, la del macedonio Alejandro, la del romano César, la del franco Clodoveo, la del árabe Mahoma, la del germánico Carlomagno, la del francés Hugo Capeto, la del

florentino Médicis, la del genovés Colón, la del flamenco Carlos V, la del gascon Enrique IV, la del inglés Newton, la del ruso Pedro el Grande, la del americano Washington ó la del corso Bonaparte? No, ninguna de estas: busco la historia de la madre comun que á todos los ha llevado en sus entrañas, que los ha criado á sus pechos, que los ha calentado en su regazo; busco la historia de la civilización.

Contemplad cómo ha realizado su inmenso trabajo, su obra sublime, sin que montañas, ni estrechos, ni rios, ni oceanos, pudieran detenerla.

Nacida en el Oriente, donde tambien nace el dia, parte de la India, dejando tras sí las ruinas gigantescas de ciudades que no tienen nombre; salva el estrecho de Bab-el-Mandeb, depositando sobre una de sus orillas los gérmenes de Saba la Blanca, y sobre la otra los de Saba la Negra; encuentra el Nilo, descien-  
de con él al gran valle egipcio, y sobre las márgenes del rio sagrado se levantan Elefan-

tina, Denderah, Filos, Tebas y Menfis; llega á la desembocadura, gana el Eufrates y eleva á Babilonia, Nínive, Tiro y Sidon; descien- de al mar como el gigante Polifemo, y funda, á la derecha, Pergamo en la extremidad del Asia, á la izquierda, Cartago en la punta del Africa, en el centro, Atenas sobre el Pireo; da vida á las doce grandes ciudades etruscas, bautiza á Roma y espera: la primera parte de su obra esta cumplida, y ha hecho el gran mundo pagano, que empieza en Brahma y concluye en César.

Seguid contemplando: cuando la Grecia hubo dado á Homero, Hesiodo, Orfeo, Eschilo, Sofócles, Eurípedes, Sócrates y Platon, es decir, cuando estuvo hecha la luz; cuando Roma hubo conquistado la Sicilia, el Africa, la Italia, la España, el Ponto-Euxino, las Galias, la Suiza y el Egipto, es decir, cuando estuvo hecha la unidad; cuando Cristo, profetizado por Sócrates y predicho por Virgilio, hubo nacido, la civilizacion, la gran viajera, vuelve á ponerse en marcha para no reposar



ni detenerse hasta que haya vuelto á los lugares de donde parti6.

Y hé aquí que, á Roma que cae, á Alejandria que sucumbe, á Bizancio que muere, suceden la segunda Cartago, madre de Túnez; Córdoba, Sevilla y Granada, trinidad árabe que enlaza la Europa al Africa; Florencia y sus Médicis, desde Cosme el viejo hasta Cosme el tirano; la Roma cristiana con su Julio II, su Leon X y su Vaticano; París con Francisco I, Enrique IV, Luis XIV, el Louvre, las Tullerías, Fontainebleau. Hé aquí que se encadenan los unos á los otros, como una vía de estrellas luminosas, San Agustín, Averhoes, Dante, Orcagna, Petrarca, Masaccio, Peruginó, Maquiavelo, Bocaccio, Rafael, Santa Teresa, Bartolomé de Carranza, Ariosto, Miguel-Ángel, Tasso, Juan de Boloña, Malherve, Lope de Vega, Calderon, Murillo, Montaigne, Ronsard, Cervantes, Shakespeare, Corneille, Racine, Moliere, Puget, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Goethe, Humboldt, Belliní, Chateaubriand. Y aquí, en fin, que la civili-

zacion, no teniendo nada que hacer en Europa, salva los mares, atraviesa el Atlántico, conduciendo á Laffayette á Washington, enlazando el antiguo mundo al nuevo; y allí, en aquellas comarcas, habitadas solamente por algunos pescadores de focas ó algunos mercaderes de pieles, funda con tres millones de habitantes una república que, en sesenta años, se aumentó con diez y siete millones de hombres, que se extiende desde el rio de San Lorenzo hasta las bocas del Mississipí, desde Nueva-York á Nuevo-Méjico; que tiene los primeros buques de vapor en 1808, los primeros ferro-carriles en 1820, que produce á Franklin y que adopta á Fulton.

Pero allí la civilizacion se vé detenida, en tierra por el doble desierto que dominan las montañas Pedregosas, en el mar por el istmo de Panamá. No puede ir al Pacífico sino doblando el cabo de Hornos, y á pesar de sus esfuerzos, solo abrevia trescientas ó cuatrocientas leguas, aventurándose por el estrecho de Magallanes.

Hé aquí por qué, desde hace sesenta años, los sabios, los geógrafos, los navegantes de todos los países tienen sus ojos fijos sobre América.

¡Impiedad extraña la de creer en un imposible para la Providencia, en un obstáculo para Dios!

Escuchad: un capitán suizo, arrojado de Francia por la revolución de julio, pasa desde el Missouri al Oregon, del Oregon á California; obtiene del gobierno mejicano una concesion de terreno sobre la frontera americana, y un dia, cavando la tierra para poner en juego la rueda de un molino, vé que aquella comarca está sembrada de pepitas de oro.

Esto sucedia en 1848. En 1848 la poblacion blanca de California era de diez á doce mil almas.

Tres años solamente han trascurrido desde que la azada del capitán Sutter puso de manifiesto aquellas pepitas de oro que, segun todas las probabilidades, cambiarán la faz del Nuevo Mundo, y California cuenta en la

actualidad doscientos mil emigrantes de todas las nacionalidades y edifica sobre el Océano Pacífico, cerca del golfo más bello y más grande del universo, una ciudad que ha de rivalizar, andando el tiempo, con Londres y París.

No hay, pues, obstáculos para la civilización: las montañas Pedregosas darán paso á una vía férrea que irá de Nueva-York á San Francisco, como un telégrafo eléctrico va ya de Nueva-York á Nueva-Orleans, y el istmo de Panamá será abierto por un canal que ponga en comunicación el Atlántico con el lago de Nicaragua y el lago de Nicaragua con el Pacífico.

Y ved qué coincidencia tan sublime: todo esto se piensa, todo esto se medita en el momento en que Abbas-Pachá construye un camino de hierro que irá de Suez á El-Areich.

Ahora bien; vencidos los obstáculos que un momento detuvieron á la civilización en las márgenes del Sacramento y del San Joaquin, yo pregunto si, para volver á las co-

marcas que fueron su cuna, debe simplemente atravesar el estrecho de Bhering, tocando con su pié aquellas ruinas que la rechazan, ó si ha de aventurarse en medio de aquellas islas y de aquellos golfos que constituyen la quinta parte del mundo, tierras inhospitatorias donde fué asesinado Cook, abismos sin fondo donde naufragó Laperousse.

Yo espero que, gracias al ferro-carril de Suez, gracias á la vía férrea de los dos océanos, antes de diez años se dará la vuelta al mundo en tres meses; y hé aquí por qué, mi buen amigo, he creído que este libro sobre California valia la pena de ser publicado.

Todo vuestro:

ALEJANDRO DUMAS.

Montmorency 20 de julio de 1851.

17

UN PLAN DE CALIFICACION

El presente documento tiene por objeto informar a los señores accionistas de la Compañía de las operaciones que se han realizado en el ejercicio de 1900, y de las perspectivas que se abren para el futuro. El ejercicio de 1900 ha sido un año de gran actividad para la Compañía, y de gran utilidad para los señores accionistas. Las operaciones que se han realizado en el ejercicio de 1900, han sido las siguientes: 1.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de petróleo que se encuentran en el territorio de la Compañía. 2.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de gas que se encuentran en el territorio de la Compañía. 3.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de carbón que se encuentran en el territorio de la Compañía. 4.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de hierro que se encuentran en el territorio de la Compañía. 5.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de cobre que se encuentran en el territorio de la Compañía. 6.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de plata que se encuentran en el territorio de la Compañía. 7.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de oro que se encuentran en el territorio de la Compañía. 8.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de zinc que se encuentran en el territorio de la Compañía. 9.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de plomo que se encuentran en el territorio de la Compañía. 10.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de níquel que se encuentran en el territorio de la Compañía. 11.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de cobalto que se encuentran en el territorio de la Compañía. 12.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de manganeso que se encuentran en el territorio de la Compañía. 13.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de titanio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 14.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de vanadio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 15.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de molibdeno que se encuentran en el territorio de la Compañía. 16.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de uranio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 17.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de torio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 18.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de radio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 19.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de polonio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 20.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de bismuto que se encuentran en el territorio de la Compañía. 21.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de antimonio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 22.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de telurio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 23.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de selenio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 24.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de arsénico que se encuentran en el territorio de la Compañía. 25.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de telurio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 26.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de selenio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 27.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de arsénico que se encuentran en el territorio de la Compañía. 28.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de telurio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 29.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de selenio que se encuentran en el territorio de la Compañía. 30.º Se han realizado las operaciones de explotación de los yacimientos de arsénico que se encuentran en el territorio de la Compañía.

# UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

---

## CAPITULO PRIMERO.

La partida.

I.

Tenia veinticuatro años, el trabajo escaseaba y en Francia no se hablaba de otra cosa que de las riquísimas minas de California.

En todas las esquinas se veían anuncios de compañías que se organizaban para el transporte de viajeros, y los negociantes agotaban su capital de magníficas promesas. Yo no era bastante rico para permanecer cruzado de brazos; pero, en cambio, era bastante joven para poder emplear uno ó dos años en buscar la fortuna, y resolví arriesgar en la empresa las dos únicas cosas que me pertene-

cian y de las cuales podia disponer libremente; es decir, mil francos y mi pellejo.

El viaje no me inspiraba temor, pues de antiguo tenia hecho conocimiento con las aguas azules, como dicen las gentes de mar; los trópicos eran mis amigos y habia recibido el bautismo de la línea. Embarcado en clase de grumete habia hecho con el almirante Dupetit-Tohuars el viaje á las islas Marquesas, tocando á la ida en Tenerife, Rio-Janeiro, Valparaiso, O'Taití y Nouka-Iva, y al regreso en Voilhavo y en Lima.

## II.

Resuelta mi partida, faltábame saber á qué sociedad ó compañía daria la preferencia; esta cuestion valia la pena de reflexionar un poco.

Y, en efecto, reflexioné tanto y tan bien, que fui á fijarme precisamente en una de las más desgraciadas, es decir, en la *Sociedad mia-tua*, establecida en París, calle Pigale, número 24.



Cada asociado debía contar con mil francos para el pasaje y la alimentación: trabajaríamos de concierto, partiendo los beneficios, y además, si algún pasajero embarcaba cualquier pacotilla de comercio, la compañía se encargaba de la venta, asegurando los productos.

Por otra parte, por esos mil francos que cada uno de los asociados depositaba, la compañía debía darnos, una vez llegados al término del viaje, alojamiento en las casas de madera que, desarmadas, trasportaría nuestro buque. Teníamos un médico y una farmacia agregados á la expedición; pero además, cada uno se debía proveer á sus espensas de un fusil de dos cañones del calibre reglamentario, con una bayoneta y las municiones correspondientes.

Las pistolas podían ser á gusto de cada cual. Como buen cazador, dediqué una gran atención á esta parte de mi equipaje, y por cierto que nada hice demás, como se verá más adelante.

## III.

Una vez en California, trabajaríamos divididos en cuadrillas, bajo la dirección de jefes elegidos por nosotros mismos.

Cada tres meses se renovarían estos jefes, que trabajarían con nosotros y como nosotros.

Los alistamientos se hacían en París; pero se eligió á Nantes como punto de reunion.

En Nantes se debía comprar un buque de cuatrocientas toneladas, armado por un comerciante de aquel puerto, con el cual, según los directores de la compañía, estaba hecho de antemano el contrato.

El buque debía conducir, á beneficio nuestro, un buen cargamento, cuyos gastos hacía el comerciante, reservándose un *honrado* beneficio.

Este cargamento estaba también afecto á la sociedad, que debía reembolsar el capital, abonando un interés de 5 por 100.

Como se vé, todo esto era magnífico, sobre el papel á lo menos.

## IV.

El 21 de mayo de 1845 me puse en camino para Nantes y me instalé en el hotel del Comercio.

Me acompañaban dos de mis amigos, alistados tambien en la compañía, y con los cuales debia hacer el viaje.

Estos buenos amigos eran MM. Mirandola y Gauthier.

Además, uno de los vecinos de mi pueblo, Tillier de Grozlay, se habia ya embarcado para alejarse de Francia. Una sincera amistad nos unia desde la niñez, y su marcha habia influido mucho en mi determinacion.

Tillier se habia alistado en la *Sociedad Nacional*.

## V.

Apenas llegamos á Nantes empezaron las dificultades. Hubo discusiones y disidencias

entre los asociados y los directores, y el banquero se negó rotundamente á proporcionar los fondos necesarios. De aquí resultó que el armador que habia vendido el buque y contratado al capitán y los marineros se vió obligado á faltar á sus compromisos, y como estaba en su derecho, como sus actas con la sociedad estaban en toda regla, la pérdida cayó sobre los asociados y perdimos cuatrocientos francos cada uno.

Con los seiscientos francos restantes la sociedad estaba obligada á trasportarnos á California. ¿Cómo? Eso no era de nuestra incumbencia.

A consecuencia de todo esto, la compañía puso á nuestra disposición algunos carruajes que nos trasportaron de Nantes á Laval, de Laval á Cayenne, y de Cayenne á Caen.

En Caen pasamos á un buque de vapor que nos llevó al Havre.

## VI.

Debíamos partir el 25 de julio.

Pero trascurrieron el 25, el 26 y el 27, abusando de nuestra paciencia con pretextos tan soberanamente ridículos y absurdos, que, en este último día, los directores se vieron obligados á confesar que no partiríamos antes del 30.

Eran tres días de paciencia puestos al servicio de la sociedad. Acordándonos de que, en febrero del 1848, los trabajadores habían sacrificado tres meses de miseria en aras de la patria, encontramos que nuestro sacrificio era muy pequeño comparado al suyo, y nos resignamos á esperar.

Desgraciadamente el 30 de julio tuvo lugar una nueva confesion, esto es, que no partiríamos hasta el 20 de agosto.

Los más pobres de entre nosotros hablaban de sublevarse, y es que algunos de ellos no tenían absolutamente con qué vivir durante esos veinte días.

La cosa se arregló, sin embargo, partiendo sus fondos los ricos con los pobres, y se esperó el 20 de agosto.

## VII.

Pero en el momento de partir hicimos el descubrimiento de que la sociedad, hallándose ó fingiéndose más pobre que nosotros, no podia proveernos de una porcion de cosas absolutamente necesarias para un viaje tan largo como el que íbamos á emprender.

Estas cosas eran thé, café, azúcar, rom, aguardiente, etc. Hicimos enérgicas reclamaciones, nos irritamos, amenazamos con quejarnos, hablamos de un nuevo proceso, pero la sociedad bajaba la cabeza, y los pobres asociados nos vimos en la precision de registrar lo más escondido de nuestros bolsillos.

¡Por desgracia nuestros bolsillos eran tan profundos, que no tenian fondo!

Hízose como se pudo una regular provision de los artículos indicados, y se prometió

mútuamente la mayor discrecion respecto al uso que se hiciera de estos artículos.

## VIII.

Llegó, al fin, el día de la partida, y el *Cachalote*, antiguo ballenero, conocido como uno de los mejores buques del puerto, estaba dispuesto á recibirnos á su bordo.

El *Cachalote* era un bergantín de quinientas toneladas.

La vispera y antevíspera del día en que debíamos hacernos á la mar, la mayor parte de nuestros parientes habian llegado al Havre con el objeto de darnos el último adios.

Entre ellos habia muchas madres y hermanas que eran profundamente religiosas, y entre nosotros habia muy pocos ateos, porque ante la idea de un viaje que debe durar seis meses y en el cual hay que luchar contra todo el poder de los elementos, se piensa involuntariamente en la eternidad.

Decidióse, pues, hacer un nuevo gasto,

mandando decir una misa para que Dios nos concediese un feliz viaje.

Nada hay más solemne que una misa en circunstancias semejantes, porque no es imposible que para algunos de los que la escuchan sea una misa de difuntos.

Esta fué la reflexion que me hizo un amable jóven que oia aquella misa religiosamente á mi lado: era un redactor del *Journal du Commerce*, llamado Bottin.

Precisamente estaba diciéndome lo mismo, y me contenté con hacer una señal de aprobacion.

Cuando el sacerdote elevó la hostia, volví los ojos en torno mio: todos los asistentes estaban de rodillas, rezando con fervor.

## IX.

Dicha la misa, se propuso un banquete fraternal, á un franco cincuenta céntimos por cabeza.

Eramos ciento cincuenta pasajeros, entre ellos quince mujeres.



Arañando todos los bolsillos se pudieron reunir doscientos veinticinco francos.

Era lo que hacia falta.

Pero este desembolso abria una enorme brecha en nuestros capitales.

Excusado es decir que nuestros parientes y amigos tuvieron que pagar su escote, pues no estábamos bastante ricos para invitarlos.

Mirandola y otros dos fueron nombrados comisionados, y se encargaron de hacer preparar un banquete espléndido.

La comida tuvo lugar en Ingouville.

A las cuatro de la tarde debíamos reunirnos en el puerto y á las cinco sentarnos á la mesa.

Todo el mundo fué exacto, y durante la comida procuró parecer risueño.

Y digo procuró, porque aunque todos tenían el corazon algo duro, tengo la evidencia de que tras algunas risas se ocultaban lágrimas.

Hubo brindis por el éxito feliz de nuestro viaje, por los ricos placeres del San Joaquin y los preciosos filones del Sacramento.

Tampoco fué olvidado el armador del *Cachalote*. Es verdad que, además de pagar su escote de un franco cincuenta céntimos, nos había enviado dos cestas de botellas de Champagne.

La comida se prolongó hasta una hora bastante avanzada; las cabezas estaban algo calientes, y se sentía algo parecido á la embriaguez.

## X.

Por su parte los marineros, al amanecer el día siguiente, dieron el acostumbrado paseo por la ciudad con sus banderas y ramilletes.

Este paseo terminó en el puerto, donde estaba reunida toda la poblacion para saludar nuestra partida y darnos el último adios.

Muchos viajeros corrian afanados de tienda en tienda, pues hasta el momento de la marcha no habian reparado en que les faltaban muchas cosas indispensables.

Por mi parte, solo tuve que hacer mi pro-

vision de municiones, compuesta de diez libras de pólvora y cuarenta de balas.

A las once el buque largó sus amarras y salió del puerto, empujado por una fresca brisa del Noroeste. Ante él navegaba un buque americano remolcado por el vapor *Mercurio*.

Seguimos á lo largo del muelle, cantando la *Marsellesa*, el *Canto del proscripto* y *Morir por la pátria*. Innumerables pañuelos se agitaban saludándonos sobre el muelle, y nosotros contestamos con los nuestros desde el buque.

Algunos parientes y amigos habian subido á bordo en nuestra compañía. Una vez fuera de la rada, el armador y el práctico abandonaron el buque, y los que nos acompañaban regresaron con ellos: fué una segunda despedida más dolorosa que la primera.

Entonces los que debian correr juntos la misma fortuna se encontraban aislados.

Las mujeres lloraban; los hombres hubieran querido ser mujeres para llorar tambien.

En tanto que la tierra fué visible, todas las miradas se dirigieron hácia ella.

Por la tarde, poco antes de las cinco, desapareció.

No debíamos volverla á ver hasta el cabo de Hornos, es decir, hasta la otra extremidad del Nuevo Mundo.

## CAPITULO II.

### Del Havre á Valparaiso.

#### 1.

He dicho ya que el número de pasajeros era de ciento cincuenta, entre ellos quince mujeres, dos de las cuales habitaban la cámara del capitán.

La tripulación se componía del capitán, el piloto, un contramaestre, ocho marineros y un mozo ó camarero.

El entrepuente, reservado á los viajeros, estaba libre de mercancías: había sido arreglado para el transporte de pasajeros y tenía cuatro filas de camarotes.

En cada camarote había dos lechos superpuestos y se alojaban dos personas.

M. de Mirandola era mi compañero de cámara.

Las mujeres estaban separadas: se había dispuesto para ellas, á babor y cerca de la proa, una especie de sala.

## II.

Nuestros ciento cincuenta pasajeros eran alistados en tres distintas compañías, alguna de las cuales no había cumplido sus obligaciones, aunque todos los pasajeros hubiesen pagado escrupulosamente su dinero.

De aquí resultaba que, como apenas había lugar para las personas, no lo había absolutamente para los equipajes.

Cada cual tenía su maleta en el camarote y ella le servía de mesa y de tocador.

El resto de los equipajes había sido depositado en la sentina.

Todo el espacio que quedaba en el buque, estaba destinado á las mercancías, pertenecientes tanto al armador como á los pasajeros.

Estas mercancías consistían en bebidas alcohólicas y artículos de quincalla.

### III.

Nuestra primera comida á bordo tuvo lugar á las cinco de la tarde, en el momento mismo en que acabábamos de perder de vista la tierra. Nadie sentía aún el mareo; pero sin embargo, ningun pasajero tenía gran apetito.

La mesa estaba puesta sobre cubierta, ó por mejor decir, la cubierta servía de mesa: el lugar destinado á comedor era bastante reducido, pues la cubierta estaba en su mayor parte ocupada por cajas de ácido sulfúrico, por toneles de agua que habían de vaciarse durante la travesía, y por tablas preparadas para ser unidas las unas á las otras y constituir las casas que habíamos de habitar á nuestra llegada.

Teníamos diez casas perfectamente construidas, y no hacia falta más que armarlas como si se tratara de un relój.

Se habian construido en el Havre, y costaban de ciento á ciento veinticinco francos cada una.

El primer dia, segun costumbre al salir del puerto, la comida se componia de sopa, una racion de carne cocida, un cuartillo de vino y un pedazo de pan bastante pequeño.

Esto nos indicó que el pan no era muy abundante á bordo. En efecto, más adelante no comíamos pan sino los jueves y domingos; para los demás dias teníamos galleta.

Nos dividimos en ranchos de á ocho pasajeros, y sentados á la manera de los orientales, empezamos la comida.

#### IV.

El mismo dia, á las ocho de la noche, soplaron vientos del Sur, que se sostuvieron hasta la mañana del dia siguiente, siendo tan fuertes al amanecer que nos hicieron avistar las costas de Inglaterra.

Un pescador vino á bordo: su lancha es-



taba llena de pescado, lo compramos todo, y enseguida empezó la correspondencia.

Una de las grandes necesidades del hombre que se aleja, que atraviesa una gran extensión de agua, que se encuentra entre el cielo y el océano, es la de dar noticias suyas á los seres queridos á quienes acaba de abandonar.

Se encuentra tan pequeño, tan miserable en aquella inmensidad, que comunicándose con la tierra por medio de una carta, encuentra el consuelo de asegurarse á sí mismo que no está perdido.

¡Desgraciado el que, en semejante situación, no tiene á quién escribir!

El pescador se alejó tan cargado de cartas como un conductor de correos.

En la tarde del segundo día de viaje el viento cambió, sin habernos hecho perder mucho camino ni causado una gran fatiga. A partir de aquel instante, tuvimos una buena navegacion.

El capitán, que, como llevo dicho, tenía

respecto al pan una gran economía, viendo la poca cantidad de harina que habia á bordo, nos ofreció que tocaríamos en Madera para embarcar patatas; pero como el viento era bueno no quiso detenerse, haciendo valer la economía del tiempo para no modificar el rumbo.

Se le hicieron algunas observaciones dándole á entender nuestras dudas respecto á las verdaderas economías que pensaba hacer; pero el capitan es el rey á bordo de un buque, y el nuestro decidió que mientras hubiese buen viento no tocaríamos en ningun puerto.

## V.

Es verdad que daba gusto vernos andar: el *Cachalote* era un buque muy velero, y en los dias más desgraciados tragaba, sin embargo, seis ó siete nudos por hora.

Hallándonos á la altura del cabo Verde el vigía señaló un buque: era una fragata americana en crucero. Perseguia la trata, y

viniendo sobre nosotros, izó su pabellon. La imitamos, nos dimos mutuamente la longitud y latitud, ese saludo de los marinos, y luego proseguimos nuestro rumbo, mientras la fragata continuaba su crucero.

Esta longitud y esta latitud no eran, por cierto, inútiles para nosotros, atendiendo á que no teníamos á bordo más que un malísimo cronómetro.

No pudimos saber el nombre de la fragata que nos habia prestado tal servicio. Aparte de la faja encarnada que indicaba la línea de su batería, era enteramente negra, como el bajel del *Corsario rojo*.

## VI.

A medida que avanzábamos hácia el trópico, notábamos los signos particulares de la zona tórrida. Las aguas del mar tomaban un matiz azul oscuro; se encontraban extensos bancos de esas yerbas á que han dado los marinos el nombre de *raíces de los trópicos*; los

peces volantes se lanzaban fuera del agua, veíanse numerosos bandos de bonitos y doradas y el calor se hacia sofocante.

La pesca de doradas y bonitos empezó en seguida.

Esta pesca es sencillísima y fácil, si se la compara con los complicados procedimientos que emplean los viejos pescadores de las orillas del Sena: puede decirse que es la infancia del arte. Se suspenden del bauprés cierto número de cordeles, al extremo de los cuales se sujeta un pez volador cubriendo el anzuelo, que el balanceo del buque sumerge y hace salir alternativamente del agua. Las doradas y los bonitos toman el cebo por un pez vivo, saltan sobre él y quedan pendientes del anzuelo.

Es un verdadero maná que, bajo esta calorosa latitud, envia Dios á los pobres navegantes.

Los productos de la pesca eran comunes. Atravesamos la línea equinocial, y excusado es decir que este acontecimiento fué ce-

lebrado con todas las ceremonias de costumbre. En mi calidad de viajero, habiendo tenido ya el sol ante mí y detrás de mí, pude asistir al espectáculo desde lo alto de la toldilla.

## VII.

Hablaré ahora un poco de las viajeras.

Se comprende que no habian dejado la Francia para hacerse monjas, y esto nos permitió, entre la lotería, las damas, el ecarté y el dominó, que nos distrajésemos del fastidio de la navegacion con un juego particular llamado *el matrimonio*, que se compone de las dos bases particulares de este importante acto de la vida del hombre, es decir, del casamiento y del divorcio.

Tres de las viajeras estaban comprometidas desde antes de partir y tenian á bordo verdaderos maridos, ó mejor dicho, verdaderos amantes; de suerte que, si se casaban, era *in partibus* y suprimiendo las tarjetas de invitacion.

Cada uno de estos matrimonios burlescos era acompañado de ceremonias análogas á las que tienen lugar en las verdaderas bodas, y estas ceremonias se cumplían con una gravedad maravillosa.

### VIII.

Todavía hubo otra ceremonia mucho más grave, y en la cual resplandeció la más alta imparcialidad.

Se trataba de un juicio.

Hé aquí la cuestion:

Uno de nuestros compañeros, M. B... viajaba acompañado de su querida; era una de las tres mujeres casadas por nosotros, y antes de salir de Francia, habia hecho á espensas propias una magnífica pacotilla compuesta de vestidos de seda, de lana y de popelina, de chales grandes y pequeños, de gorras y de sombreros, etc.

Pero sucedió que una vez en camino, por uno de esos caprichos que es necesario aña-

dir siempre á la cuenta de viaje, Mlle. X... encontró á M. D... preferible á su primer amante, y sin tomarse la pena de hacer pronunciar el divorcio, se volvió á casar con M. D...

Esto dió márgen, como era natural, á quejas y reclamaciones del primer marido, el cual pretendia que, si habia perdido sus derechos sobre la mujer, los conservaba sobre los efectos, y por consecuencia, se apoderó una mañana de todo el equipaje, dejando á Mlle. X... con una sola camisa.

Por calorosa que sea la temperatura del clima ecuatorial, donde nos hallábamos cuando sucedió lo que refiero, preciso es confesar que una camisa era un vestido demasiado ligero. Mlle. X... acudió en queja á todos los pasajeros.

Aunque nosotros creíamos que semejante traje sentaba admirablemente á Mlle. X... éramos demasiado justos y equitativos para no escuchar sus quejas. Constituyóse el tribunal y se nombraron árbitros.

Hé aquí la creacion de una nueva magistratura.

Los árbitros dieron un fallo que, en mi concepto, puede rivalizar con el del célebre juicio de Salomon.

Decidieron:

1.º Que Mlle. X... tenia el derecho incontestable de disponer de su persona como le pareciese conveniente.

2.º Que no podia ser enteramente despojada, puesto que Juno solo tenia el derecho de ser vista

...en la sencilla apariencia

de una belleza que abandona el lecho, y que, por consiguiente, M. B... debia devolverla lo puramente necesario, es, decir, sus camisas y toda su ropa blanca, el calzado, una gorra y un sombrero.

3.º Todos los demás efectos, siendo considerados como superfluidades, pertenecian á M. B...

Este fallo fué notificado á los litigantes con las formalidades de costumbre, y como no



habia apelacion, tuvieron necesariamente que someterse.

Mlle. X... aportó, pues, al matrimonio con su nuevo esposo, tan solo lo estrictamente necesario para no ir desnuda, lo que D... remedió en cierto modo regalándola una bata y un sobretodo, de que ella se arregló una falda y un gabancillo.

Inutil es decir que Mlle. X... estaba encantadora con su nuevo traje.

## IX.

Nuestro viaje continuó con buen viento. Distinguimos varias veces la costa del Brasil, rozamos la tierra en Montevideo y vimos desde lejos esta moderna Troya, despues de ocho años de sitio.

### CAPITULO III.

#### De Valparaíso á San Francisco.

##### I.

Quince dias antes de llegar á Valparaíso las patatas faltaron enteramente; era una falta muy dolorosa y que se hacia sentir con exceso.

Habiase reemplazado este manjar con una racion de harina, melaza y aguardiente, que los ocho pasajeros de cada rancho reunian, componiendo una especie de torta llamada *plumpudding*, que se hacia cocer al vapor del agua hirviendo.

Pero, por industrioso que sea el hombre, la patata no puede reemplazar al pan, y el

plumpudding no reemplaza tampoco á la patata.

Así, pues, Valparaiso era para nosotros la tierra prometida, y en todos los grupos no se oía otra cosa que esta palabra: ¡Valparaiso! ¡Valparaiso! Llevábamos tres meses de navegación, y una vez en Valparaiso no nos faltaba más que una cuarta parte del camino.

Las otras tres cuartas partes habian quedado atrás, olvidadas, desvanecidas, devoradas por las tempestades del cabo de Hornos.

## II.

Al fin un martes resuena en la cofa este grito: ¡tierra! Cada pasajero se asegura de la verdad por sus propios ojos y empieza á vestirse con sus mejores ropas, disponiéndose á saltar en tierra, y echando sus cuentas para ver qué capital le quedaba disponible.

Se dió fondo en una extensa bahía, á tres cuartos de legua de la playa, y acto seguido se vieron partir de Valparaiso, con el mismo

ardor que si se tratase de ganar el premio de una regata, una docena de esas embarcaciones conocidas con el nombre de *balleneras*.

Al cabo de algunos minutos, las balleneras rodeaban el buque.

Pero á las primeras palabras que, á propósito de precio, pronunciaron los chilenos que las tripulaban, conocimos que sus pretensiones eran verdaderamente desatinadas. Les era imposible, segun decian, llevarnos á tierra, por menos de tres reales chilenos por persona.

Se comprende fácilmente que semejante suma era exorbitante para gentes que habian pasado por las manos de las compañías californianas, que habian estado quince dias detenidas en Nantes, que de Nantes habian pasado al Havre y que habian permanecido seis semanas en este puerto.

A este precio la mitad de nosotros no hubiera podido ir á tierra, y la cuarta parte no hubiera podido regresar.

Despues de una discusion bastante vi-

va, nos arreglamos en un real por persona.

En esta circunstancia la fraternidad de los viajeros se demostró de una manera clara, revelándose en toda su magnificencia, y los que tenían dinero pusieron sus recursos á la disposicion de sus compañeros más pobres, entre los cuales habia algunos que, á pesar de la rebaja, estaban en la imposibilidad financiera de ir á tierra.

Concertado el precio y sabiendo que no podíamos disponer de más tiempo que de treinta y seis horas, nos precipitamos en las barcas, y un cuarto de hora despues poníamos el pié en el muelle.

Eran las cuatro de la tarde.

### III.

Una vez en el muelle, nos dispersamos, buscando cada cual la ventura segun los caprichos de su imaginacion, ó por mejor decir, segun los recursos de su bolsa.

La mia no pesaba mucho, lo confieso fran-

camente; pero en cambio, tenia la ventaja de la experiencia adquirida en mi primer viaje.

Yendo á las islas Marquesas con el almirante Dupetit-Thouars, habia tocado en Valparaiso, y por consecuencia, conocia algo el país.

Mirandola, que sabia estos antecedentes, se confió por completo á mi, declarando que no me abandonaria un momento.

Comimos en la fonda del Comercio, y como ya no podíamos hacer nuestros negocios, por ser las cinco de la tarde, fuimos á visitar el teatro, magnífico edificio que habia sido construido despues de mi primer viaje.

Está situado en uno de los lados de la plaza, que es, por su parte, sino una de las más bellas, á lo menos una de las más deliciosas del mundo, con su fuente en el centro y sus bosquecillos de naranjos olorosos como el sándalo y cuajados de frutos de color de oro.

Pasamos en esta plaza, sin otras distracciones que nuestros pensamientos, refrescados por la brisa de la tarde y aspirando el

balsámico perfume de los naranjos, dos de las más dulces horas de nuestra vida.

#### IV.

En cuanto á nuestros compañeros, habian escapado como una banda de escolares al salir del colegio, y corrian como locos de Fortop á Maintop.

Fortop y Maintop son dos bailes públicos, al lado de los cuales Mabile y la Chaumiere no valen una gran cosa.

Fortop y Maintop son en Valparaiso lo que los músicos en Amsterdam y La Haya.

Allí es donde se encuentra á las bellas chilenas, de tez aceitunada (1), de grandes ojos dulces y brillantes, de sedosos cabellos azulados en fuerza de negros, vestidas de seda de colores vivos y descotadas hasta la cintura; allí se bailan poikas y zamacluecas,

---

(1) Perdonen las chilenas á Alejandro Dumas semejante desatino.—N. del T.

danzas nacionales de que no se tiene en Francia la menor idea; allí nacen esas terribles enemistades que van seguidas de una venganza más terrible aun, y allí, por fin, empiezan con una palabra numerosos desafíos que terminan á la puerta por medio del cuchillo.

Pasó la noche y vino la mañana. Á los placeres de la danza debian suceder, durante el dia, los de la cabalgada. El francés es esencialmente ginete, el parisien sobre todo: ha tomado sus lecciones y hecho sus cursos de equitacion sobre los asnos de la tia Champagne en Montmorency, y sobre los caballejos de Ravelet en Saint-Germain.

El capitán, al despedirnos en la tarde del martes, nos habia recomendado estar prontos á partir en el jueves próximo.

La señal de embarque debia ser el pabellon francés arbolado en la cangreja y la bandera roja en el tope de mesana.



Podíamos disponer de cinco horas, á partir desde el momento en que fuera izado el pabellon.

Pero solo el jueves por la mañana nos podian inquietar las banderas; el miércoles era completamente nuestro y teniamos aún veinticuatro horas, es decir, un minuto ó una eternidad, segun que el placer ó el dolor hiciesen marchar la aguja del tiempo.

La principal diversion de aquel dia debia ser galopar sobre el camino de Santiago, desde Valparaiso á Avigni.

Los que no tenian bastante dinero para alquilar caballos, se quedaron en la ciudad.

Yo pertenecia al número de esos jóvenes pródigos que, sin inquietarse del porvenir, gastan sus últimos reales en procurarse su placer. Y por otra parte, ¿qué podia inquietarme? Las tres cuartas partes del camino habian quedado atrás; otras cinco semanas

de travesía y habria alcanzado mi objeto; y este objeto eran los plácemes del Sacramento y del San Joaquin. Hubiera sido una locura pensar en el porvenir.

Entonces pudimos admirar á esos magníficos ginetes chilenos, con sus pantalones abiertos, bordados y adornados con botones de cobre, cubriendo un segundo pantalon de seda; con una pequeña chaqueta redonda, el elegante poncho á la espalda, el sombrero puntiagudo y de anchas alas en la cabeza, el lazo en la mano y el cuchillo en la cintura.

Pasaban al galope de sus briosos caballos, firmes y derechos como si estuvieran clavados en las sillas bordadas de colores chillones.

El dia pasó muy pronto. En nuestra impaciencia de movimiento hubiéramos querido correr más que las horas, y las horas, indiferentes, sin detenerse un segundo, marchaban á un paso habitual, frescas y alegres las de la mañana, calorosas y abatidas las del medio dia, melancólicas y veladas las de la tarde.

Las mujeres nos habian acompañado, más ardientes, más aventureras, más infatigables que los hombres.

## VI.

Al dia siguiente, jueves, á las ocho de la mañana, cada cual estaba en el muelle; vimos la bandera roja, y supimos que hacia dos horas que estaba arbolada.

Nos quedaban tres horas.

¡Oh! ¡Las tres horas últimas, con cuánta celeridad corren para los viajeros que tienen que volver á embarcarse!

Cada cual empleó esas tres horas como le pareció mejor, y los que tenian algun dinero lo emplearon en una cosa que los chilenos llaman *pan de frutas*.

El pan de frutas es, como lo indica su nombre, una composicion de frutas secas, que se vende en pedazos muy delgados de la forma de un queso.

A las diez y media, por el mismo precio

de un real cada persona, toda la colonia fué conducida á bordo, y una vez llegados, cada cual se metió en su camarote.

A las dos en punto se levó el ancla y se aparejó. Teníamos buen viento, y antes de la noche perdimos de vista la tierra.

Un brik sardo y una fragata inglesa que marchaban delante de nosotros quedaron muy pronto por la popa.

## VII.

En Valparaiso dejábamos la fragata francesa *Argelia* con uno de nuestros marineros que habia sido *puesto á servir* por una disputa con el piloto.

Pocas personas comprenderán esta frase enteramente marítima: *poner á servir*. Voy á explicarlo.

Cuando un marinero se conduce mal en un buque mercante, si el capitan quiere desembarazarse de él y encuentra por casualidad un buque de guerra, *le pone á servir*.

Es decir, que con este marinero á quien juzga incorregible hace un regalo al Estado.

El pobre diablo pasa de este modo, por un capricho del capitan, de la marina mercante á la marina militar.

Se convendrá conmigo en que es una triste manera de reclutar la marina: para los soldados del ejército, existen siquiera las compañías de disciplina.

Con mucha frecuencia los capitanes, que á nadie tienen que dar cuenta de sus hechos, toman antipatía sin saber por qué á un marinero, y con notable injusticia se desembarazan de él de esta manera.

Yo no me atreveria á asegurar, francamente, que nuestro marinero hubiese sido víctima de un momento de mal humor del capitan.

### VIII.

La brisa era fuerte y la mar gruesa; habíamos parado cuarenta horas en tierra y el

mareo empezó á hacerse sentir en algunos de los viajeros. Las mujeres en general, y me complazco en hacer esta observacion que otros han hecho antes que yo, las mujeres soportaban con más valor y energía que los hombres las contingencias de esta larga travesía.

Hasta entonces, cosa extraña, no habíamos tenido á bordo entre ciento cincuenta pasajeros, la más ligera enfermedad ni el más pequeño accidente.

Sin embargo, debíamos ser, en este punto, cruelmente tratados.

## IX.

Habíamos pasado el Ecuador y nos hallábamos á los 17° de latitud Norte; marchábamos con todas las velas desplegadas, á impulsos de una dulce brisa y hacíamos cinco nudos por hora, cuando de pronto se oyó este terrible grito:

—¡Hombre al agua!

En un buque de guerra todo está dispuesto para estos casos. Dos hombres están siempre prontos á soltar las amarras de la chalupa, y á menos que el mar esté alborotado ó que el hombre no sepa nadar, es muy raro que no se llegue á tiempo para salvarle.

Por desgracia no sucede lo mismo en los buques mercantes, con ocho ó diez hombres de tripulacion y los botes sobre cubierta.

A este grito ¡hombre al agua! en tanto que nuestros compañeros se miraban, se contaban, para ver quien faltaba de entre ellos, yo me lancé á la popa.

Fijáronse mis ojos en la estela que dejaba el buque, y en medio de la espuma, á más de cuarenta metros de distancia, ví un hombre en quien reconocí á Bottin.

—¡Es Bottin!—grité.

Bottin era querido de todos nosotros, y no dudaba, que al oír su nombre, cada cual redoblaría su energía.

Por de pronto, á fin de darle auxilio, se habia arrojado al mar una verga de juanete.

No me habia engañado: al grito ¡es Bottin! capitan y pasajeros se habian apresurado á soltar la canoa, que cayó al mar por encima de la borda.

El piloto y un grumete se encontraron en ella sin saber cómo.

Al mismo tiempo, el capitan mandó bracear las vergas para ponerse al paio, y el buque detuvo su marcha.

Por otra parte, el tiempo estaba magnifico y Bottin era un excelente nadador; el accidente, reducido á sí mismo, no tenia nada de peligroso.

Desde el momento en que vió la canoa en el mar, Bottin empezó á hacer señales para que nos tranquilizásemos, y aunque nadaba al lado de la verga de auxilio, más bien era porque la habia encontrado en su camino que porque necesitase de su apoyo.

Sin embargo, la canoa, conducida por el piloto y el grumete, avanzaba rápidamente hácia el nadador. Desde la popa, donde yo estaba, veia disminuir sensiblemente la dis-



tancia entre Bottin y la canoa. El naufrago continuaba haciendo señales tranquilizadoras; y en efecto, la barquilla no estaba ya más que á cincuenta pasos de él, cuando de pronto le ví desaparecer.

Creí en un principio que una ola le habia cubierto momentáneamente, y que una vez pasada le veria aparecer de nuevo. Los dos hombres de la chalupa tuvieron la misma idea, pues no dejaron de bogar. Más sin embargo, al cabo de algun tiempo los ví levantarse, detenerse con inquietud, mirar en torno suyo, ponerse las manos como una pantalla sobre los ojos, y por último, volverse hácia nosotros como para consultarnos.

La inmensa extension del mar permanecia desierta; nada se veia en ella.

Nuestro pobre amigo Bottin acababa de ser partido en dos por un tiburón.

¡Ay! ¡No era posible dudar de su desgracia! Nadaba demasiado bien para desaparecer tan de repente, y aun el que no sabe nadar, reaparece dos ó tres veces en la su-

perficie antes de sumergirse para siempre.

Durante una hora se le buscó en el sitio donde se le viera. El capitán no se decidía á llamar la canoa, y el piloto y el grumete tampoco se decidían á regresar.

Sin embargo, era necesario continuar la marcha. Hizose la señal de llamada, y la canoa regresó lentamente, trayendo á remolque la verga de auxilio que habia recogido en el camino.

## X.

Hubo un gran duelo á bordo, pues todo el mundo amaba á Bottin. Un proceso verbal hizo constar su muerte, y sus efectos y papeles fueron reclamados por el capitán.

Los primeros se vendieron; los segundos se conservaron para remitirlos á su familia.

Por la tarde no hubo cantos, ni hubo bailes el domingo siguiente.

Todo el mundo estaba triste.

Sin embargo, poco á poco volvió la antigua alegría, y solo de tiempo en tiempo se oyeron estas palabras en medio de una conversacion:

—¡Pobre Bottin!

## CAPITULO IV.

### San Francisco.

#### I.

El día 5 de enero de 1850, á pesar de una espesa bruma, un marinero que estaba ocupado en aferrar una vela, gritó:

—¡Tierra!

Sin embargo, durante toda la jornada del 6 se buscó inútilmente la bahía que debíamos pasar.

Hasta la mañana del 7 no pudimos reconocer la entrada.

No obstante, la niebla se habia disipado el día anterior, permitiéndonos reconocer el aspecto del país, que se elevaba ante nosotros en forma de anfiteatro.

En primer término vimos magníficas praderas, cubiertas de pastos, donde se alimentaban numerosos rebaños.

En segundo término, espesos bosques de pinos altísimos, de nogales y de encinas.

Cerrando el horizonte la cima de las montañas, dominadas por la elevada cumbre del monte del Diablo.

Pasamos la noche navegando de vuelta en vuelta y con el temor de tropezar en medio de la oscuridad con uno de los numerosos buques que, como nosotros, buscaban la entrada de la bahía.

Para evitar este peligro se mandó poner un farol en el tope del palo de mesana.

## H.

Todo el mundo estaba alegre, pero con una alegría grave y silenciosa.

Para nosotros todo era desconocido en aquel mundo nuevo que íbamos á tocar, y aunque en Valparaíso habíamos adquirido

algunas noticias, no eran éstas tan exactas como hubiéramos deseado.

Hicimos nuestros preparativos para desembarcar en la mañana del 7.

No se trataba allí, como en Valparaiso, de pasar en una ciudad algunas horas de distraccion y de alegría, sino de algo más sério, de pedir á la tierra trabajo, y lo que es más, la remuneracion del trabajo.

El más indiferente de todos nosotros hubiera mentido al decir que su sueño habia sido tranquilo; en cuanto á mí, desperté diez veces durante la noche, y antes del amanecer todo el mundo estaba de pié.

### III.

Por la mañana volvimos á ver la tierra; pero bastante lejos de ella todavía, no pudimos distinguir la entrada de la bahía.

Desde las cinco de la mañana hasta el mediodia permanecemos bordeando. A esta hora empezamos á percibir la profunda cortadura que formaba el puerto.

A la derecha vimos una línea de rocas escarpadas en su base, que se elevaban sobre una playa de arena blanca y brillante como polvo de plata. Hasta cerca del fuerte Williams no se empezaba á ver la alfombra de verdura.

A la izquierda se distinguían montañas peligrosas en las faldas, pero cubiertas de pastos á un tercio de su altura, donde vagaban numerosos rebaños de ganado mayor y menor.

Sin embargo, pronto abandonamos el examen del costado izquierdo, en que nada hay interesante más que la Saroleta, pequeñas bahía donde fondean algunos navíos, concentrándose toda nuestra atención en el lado derecho.

#### IV.

Nos acercábamos al fuerte Williams.

Pasado el fuerte se encuentran dos islas, la de los Angeles y la de los Ciervos.

Entonces empezamos á ver algunas habitaciones que formaban un pueblecillo en medio de un campo cubierto de verdura, pero sin un solo árbol: era el presidio.

Alrededor de esta especie de aldea vimos por primera vez caballos y mulas.

Sobre una montaña más elevada que las otras se destacaba el telégrafo, con sus brazos negros y blancos, siempre en movimiento para indicar la llegada de los buques.

Cerca de él se veían algunas casas de madera y unas cincuenta tiendas de lona.

Enfrente del telégrafo está el primer surgidero, donde hay un inmenso edificio; es el lazareto, en el cual hacen cuarentena los buques sospechosos de contagio.

Nosotros no habíamos tocado en ningún puerto súcio, y por consiguiente, una vez reconocidos por la sanidad, se nos concedió el permiso para saltar en tierra.



## V.

Acto seguido muchos pasajeros saltaron en tierra para buscar un lugar en qué plantar las tiendas, que se construirían con las telas de nuestros lechos. En cuanto á las prometidas casas de madera, no habia que pensar en ellas.

Nuestros compañeros, con Gauthier y Mirandola á la cabeza, marcharon en busca de un sitio, llamado el *campo francés*, donde se habian establecido todos los emigrantes franceses.

No tardaron en encontrarle y eligieron un lugar á propósito para nuestro objeto.

Al dia siguiente todos los pasajeros desembarcaron, haciendo uso de una chalupa perteneciente á uno de los asociados, que la habia puesto á nuestra disposicion.

Eran las ocho de la mañana del 8 de Enero.

Apenas estuvimos en tierra, empezamos los preparativos de instalacion.

Mi capital se reducía á cuatro cuartos y una deuda de diez francos que me habia prestado un compañero.

Esta era toda mi fortuna; pero habia alcanzado mi objeto.

## VI.

Dos palabras sobre esta tierra en que nos esperaban tantas decepciones.

Hay dos Californias, la nueva y la vieja.

La vieja, que aún en el dia pertenece á Méjico, forma una larga península bañada al Este por el mar Bermejo, que debe este nombre al admirable tinte de sus aguas en la postura del sol, al Oeste y al Sur por el Océano Pacífico, y unida por el Norte á la Nueva California por un istmo de veintidos leguas de ancho.

Fué descubierta por Hernan Cortés el 13 de agosto de 1521; despues de haber conquistado el imperio mejicano, el célebre aventurero hizo construir dos carabelas, tomó el

mando de la expedicion, y el primero de Mayo de 1535 recorrió la parte oriental de la gran península; el 3 fondeó en la bahía de la Paz por los 24° 10' de latitud Norte y 113° 20' de longitud Oeste y tomó posesion de la comarca en nombre de Carlos V, rey de España y emperador de Alemania.

¿Qué origen tiene el nombre de California, que lleva esta tierra desde la época de su descubrimiento en la obra de Bernal Diaz del Castillo, compañero de armas é historiador de Hernan Cortés? Segun algunos, viene de *Calida Fornax*, ó más bien, como cree el padre Venegas, de alguna palabra india cuya significacion no han trasmitido los conquistadores.

Su antigua capital era Loreto, que no cuenta en la actualidad más que trescientos habitantes; la capital moderna es Real de San Antonio, que tiene ochocientos.

Toda la poblacion de esta península, que puede tener doscientas leguas de longitud, no pasa de seis mil almas.

## VII.

La Nueva California, llamada por los ingleses y americanos *Alta California*, está situada entre los 32° y los 42° de latitud Norte y los 110° y 127° de longitud occidental.

Su extension de Norte á Sur es de doscientas cincuenta leguas, y de Este á Oeste, de trescientas.

La Nueva California, como la vieja, fué descubierta por los españoles, ó más bien por un portugués al servicio de España.

Este portugués se llamaba Rodriguez Cabrillo. Partió el 27 de enero de 1542, con el objeto de intentar el descubrimiento del famoso paso que cuarenta y un año antes Gaspar de Cotereal creia haber encontrado á través de la América del Norte. Este paso no era otro que el que en la actualidad se conoce con el nombre de estrecho de Hudson y que da paso á la bahía del mismo nombre, que es un verdadero mar interior.

El 10 de marzo de 1543, Rodriguez Cabri-  
llo reconoció el gran cabo Mendocino, al que  
dió este nombre en honor del virey de Méjico,  
marqués de Mendoza.

Descendiendo luego hasta el 37° percibió  
una gran bahía á la que dió el nombre de  
bahía de los Pinos, que es probablemente la  
de Monterey.

En 1579 el navegante inglés Francisco  
Drake, despues de haber destruido unos cuan-  
tos establecimientos españoles en el mar del  
Sur, reconoció la costa de California entre la  
bahía de San Francisco y la punta Rodega,  
y tomó posesion de la comarca en nombre de  
Isabel, reina de Inglaterra, dándola el nom-  
bre de Nueva Albion.

Veinte años despues Felipe III puso los  
ojos en este bello país, de que habia oido  
contar maravillas, y dió al vizconde de Mon-  
terey, virey de Méjico, la órden de formar  
una colonia.

El virey encargó esta comision á uno de  
los más hábiles marinos de aquel tiempo:

este marino se llamaba Sebastian Vizcaino.

El 5 de Marzo de 1602 partió de Acapulco, remontó la costa hasta el cabo Mendocino, que reconoció, descendió luego hasta la bahía de los Pinos, penetró en ella y dió al punto en que tocó la tierra el nombre de Monterey.

### VIII.

M. Ferry, en su sábio libro sobre California, cita las siguientes líneas, que trasladadas de la relacion del viaje del Sebastian Vizcaino, y aún en el dia se puede conocer lo exacto de esta relacion, escrita hace doscientos años:

«El clima de este país es dulce,—dice el navegante español;—el suelo, cubierto de yerba, extremadamente fértil; el país bien poblado, y los naturales tan dóciles y sencillos que será fácil convertirlos á la fé cristiana y someterlos á la corona de España.

»Despues Sebastian Vizcaino, habiendo

preguntado á los indios y á muchos otros que encontró en la orilla del mar sobre una gran extension de costa, supo por ellos que más allá de su país habia grandes ciudades y mucho oro y plata, lo que le hacia creer que se podian encontrar cuantiosas riquezas.»

A pesar de estas noticias, España desconoció siempre el inmenso valor de su colonia, contentándose con enviar á ella gobernadores y misioneros, que estaban protegidos por esos establecimientos militares que aún en el dia llevan el nombre de presidios.

Poco á poco los indios se separaron de la metrópoli; los unos fueron conquistados por los ingleses y holandeses, y los otros se constituyeron en reinos independientes. Así continuaron las cosas hasta la independendencia de la república mejicana, á la cual se reunieron las dos Californias.

## IX.

Bien pronto la mala administracion de la república hizo que se alejasen de ella las pro-

vincias. Tejas se declaró independiente en 1836, y en 12 de abril de 1844 propuso á su Congreso un tratado de anexion á los Estados- Unidos.

Este tratado, rehusado en un principio por los Estados americanos, fué definitivamente adoptado por las dos Cámaras en 22 de diciembre de 1845.

Aquella desmembracion de su territorio era cosa grave para Méjico, y su gobierno resolvió levantar un ejército y disputar la propiedad de Tejas á los Estados- Unidos.

Un ejército de cuatro mil hombres, mandado por los generales Taylor y Scott, se puso en marcha para mantener los derechos de los americanos sobre Tejas.

Los mejicanos, por su parte, reunieron un ejército de ocho mil hombres.

El 7 de mayo de 1846 los dos ejércitos se encontraron en la llanura del Palo alto. Empeñado el combate, los mejicanos fueron batidos, repasaron el rio Bravo y se refugiaron en la ciudad de Matamoros.



El 18 de mayo Matamoros se rindió.

Al mismo tiempo los americanos habian enviado al comodoro John Lloat con una escuadra para hacer la guerra en las costas, al mismo tiempo que el general Taylor la hacia en el interior.

El 6 de julio de 1846 la escuadra americana se apoderaba de Monterey, capital de la Nueva California.

## X.

A fin del año, el ejército americano ocupaba las provincias de Nuevo Méjico, Tamaulipas, Nueva Leon y Cohahuela, y la escuadra la California.

Marchando hácia la capital, el general Taylor declaró las inmensas provincias que atravesaba conquistas del gobierno americano y pronunció su reunion á los Estados- Unidos.

El 22 de febrero de 1847 los dos ejércitos se encontraron de nuevo en Nueva Leon, en-

tre la extremidad Sur de la sierra Verde y las fuentes del Leon, en la llanura de Buena-vista.

El ejército americano era fuerte de tres mil cuatrocientos infantes y mil caballos.

Después de dos días de escaramuzas el ejército de Méjico se vió forzado á retirarse sobre San Luis de Potosí, dejando dos mil muertos sobre el campo de batalla. El número de heridos no se pudo saber porque recogieron una gran parte.

Los americanos habian perdido setecientos hombres.

«Otra victoria como esta, y soy perdido,» decia Pirro.

En estos mismos términos, con corta diferencia, escribió el general Taylor á su gobierno.

El congreso de Washington votó nueve regimientos de voluntarios, y á cada uno de estos voluntarios que hubiese servido un año en la guerra de Méjico se acordó una concesion de ciento sesenta acres de tierra ó cien dollars de renta al 6 por 100.

La misma ley aumentó el sueldo del ejército regular, que era ya de cuarenta y tres francos por mes.

Para atender á los gastos de esta guerra se creó un nuevo papel hasta la cantidad de veintiocho millones de dollars.

## XI.

La escuadra americana debia apoderarse de Veracruz como se habia apoderado de Monterey.

Veracruz es la llave de Méjico.

El 22 de marzo de 1849 un ejército de doce mil hombres, secundado por la escuadra del comodoro Perry, puso sitio á Veracruz, y en breve empezó el bombardeo.

Despues de cinco dias de fuego rindióse la ciudad y con ella el castillo de San Juan de Ulúa.

El 16 de abril el general Scott abandona su posicion y marcha sobre Méjico con diez mil hombres.

El ejército mejicano, fuerte de doce mil hombres y mandado por el general Santa Ana, le esperaba á dos jornadas de Veracruz, en el desfiladero de Cerro Gordo, verdaderas Termópilas donde debia ser destruido el ejército mejicano.

El camino estaba cortado por una zanja, detrás de la cual se aprestaba á jugar una formidable artillería.

La montaña, desde su base hasta su cima, no era más que un inmenso atrinchero.

Los americanos atacaron de frente; la lucha fué terrible y duró cuatro horas. Al cabo de cuatro horas el desfiladero habia sido forzado, y los mejicanos dejaban en poder de sus enemigos seis mil prisioneros y treinta piezas de artillería.

El dia 20, Jalapa habia sido tomada, y ocho dias despues el castillo fuerte de Perote se rendia á su vez.

El general Scott marcha sobre Puebla y la toma.

No estaba más que á veintiocho leguas de Méjico.

El 19 y el 20 se apodera de las provincias de Cerro-bajo y el Charaburca.

El 13 de setiembre el general Scott ataca las provincias de Capultepec y de Molins del Rey.

En fin, el 16 de setiembre de 1847 los americanos, vencedores en todos los encuentros, realizaban su entrada en la capital de Méjico (1).

## XII.

El 2 de febrero de 1848, despues de tres meses de negociaciones, la paz fué firmada entre Méjico y los Estados-Unidos, mediante la union del Nuevo Méjico y de la Nueva California por la suma de quince millones de dollars.

Además, los Estados-Unidos se encarga-

---

(1) Ferry. Descripcion de la Nueva California.

ban de responder á las reclamaciones que elevaran contra Méjico los acreedores tejanos ó americanos, hasta la suma de cinco millones de dollars.

El cambio de ratificaciones tuvo lugar el 3 de mayo de 1848.

El 14 de agosto siguiente el Congreso americano expidió un decreto que extendia á los pueblos de California los beneficios de las leyes de la Union.

Ya era tiempo: Inglaterra hubiera comprado la California á Méjico, y probablemente Méjico la hubiera cedido, si en aquel momento, como acabamos de ver, las comarcas californianas no hubieran sido ocupadas por los americanos.

## CAPITULO V.

El capitan Sutter.

### I.

En tanto que los generales Taylor y Scott se apoderaban de Méjico, hé aquí lo que sucedia en California.

En 1845, la poblacion blanca de California, que ascendia á diez mil almas próximamente, se habia sublevado contra Méjico, poniéndose á su cabeza un californiano llamado Pico.

En este movimiento estaban complicados tres jefes del antiguo gobierno: Vallejo, Castro y Alvarado.

El general Miguel Torena, gobernador de la comarca por Méjico, marcha contra los insurgentes.

El 21 de febrero de 1845 encuentra á Castro; vienen á las manos, y Miguel Torena es batido.

Entonces Pico fué nombrado gobernador de California y José Castro tomó el mando de las tropas.

Miguel Torena, comprendiendo que nada podia hacer contra semejante movimiento, se embarcó en un buque americano con los oficiales y soldados que quisieron seguirle y se hizo conducir á San Blas.

Entonces fué cuando el Congreso americano dió al comodoro John la órden de apoderarse de Monterey.

Los insurgentes, despues de haber arrojado á los mejicanos, resolvieron defenderse contra el ejército de los Estados-Unidos.

## II.

Estaba entonces en Nuevo Méjico, sobre las orillas del rio Grande, al pié de los montes Anahuoc, un oficial americano llamado Estéban



W. Kearny. Con los ojos fijos sobre la Nueva California empezaba á inquietarse con los graves perjuicios á que estaban expuestos los súbditos americanos residentes en aquel país, cuando el Congreso le dió la órden de pasar las montañas, bajar por las orillas del Colorado, é ir con su regimiento, á través de los desiertos desconocidos de los indios ajutas, á apoyar las operaciones de la escuadra americana.

Era ésta una de esas órdenes que dan los gobiernos en su ignorancia de las localidades, y que son imposibles de ejecutar por los que las reciben.

En efecto, era imposible conducir todo un regimiento por aquellos desiertos, frecuentados tan solo por los tramperos y los indios.

El coronel Kearny toma cien hombres y parte con ellos para California, dejando el resto de su regimiento en las orillas del rio Grande del Norte.

## III.

Por otra parte, cerca del lago Pirámide, al Norte de la Nueva Helvecia, otro oficial americano, el capitán Fremont, del cuerpo de ingenieros topógrafos, exploraba la California, y encontrándose en medio de la insurreccion, organizó un pequeño ejército con los residentes americanos, y se dispuso á resistir las disposiciones hostiles del nuevo gobernador Pico.

Y hé aquí que los Estados Unidos habian penetrado en California por tres puntos.

Con el comodoro John, se apodera de Monterey.

Con el capitán Fremont, se atrinchera en la llanura de los Terreros.

Con el coronel Kearny y sus cien hombres atraviesa las montañas Pedregosas.

## IV.

En medio de la insurreccion general estalló de pronto una insurreccion parcial.

Estos nuevos insurgentes habian tomado el título de *bears* ú osos.

Su estandarte se llamaba *Bear-Flag* ó bandera de los osos.

Los osos marcharon sobre Sonoma, pequeña ciudad situada en la extremidad Norte de la bahía de San Francisco, y se apoderaron del fuerte.

Castro, uno de los jefes de la primera insurreccion, marcha sobre ellos, sin pensar que, por su parte, el capitan Fremont, abandonando su posicion de los Terreros, practicaba el mismo movimiento.

Las dos vanguardias, californiana y americana, se encontraron al pié del fuerte.

La vanguardia americana era fuerte de noventa hombres.

La californiana de setenta.

El capitan Fremont ataca al enemigo, lo dispersa, vuelve contra el fuerte, y lo toma con todo su material.

Los americanos habian llegado á la bahía de San Francisco: desde allí, daban la mano

á la ciudad, casi enteramente poblada de americanos.

## V.

En el mes de octubre de 1846, el capitán Fremont supo que el comodoro Stockton estaba con su escuadra delante de San Francisco, y dejando una guarnición en la fortaleza de Sonoma, fué á reunirse con él, acompañado de ciento ochenta voluntarios.

El comodoro Stockton hizo embarcar esta pequeña tropa y se dirigió con ella á Monterey, á donde llegó al día siguiente.

Allí recluta doscientos veinte voluntarios y forma un total de cuatrocientos hombres próximamente.

En tanto tenían lugar estos acontecimientos, el cónsul americano, M. Olarkin, volviendo de Monterey á San Francisco, fué apresado por una de las partidas californianas que recorrían el país. Apenas tiene conocimiento de este suceso el capitán Fremont,

se lanza en persecucion de esta tropa, la alcanza, la pone en fuga despues de un vivo tiroteo, y libra á M. Olarkin.

## VI.

Durante este tiempo, venciendo fatigas increíbles, faltándole á menudo los artículos de primera necesidad, el coronel Kearny con sus cien hombres habia franqueado las montañas Pedregosas, atravesando las llanuras arenosas de los indios navajos, saliendo al Colorado y llegando á Aguas Calientes, pasando entre el país de los indios mohavcs y el de los yumas.

Una vez allí, encuentra una pequeña tropa de americanos, mandada por el capitán Guillespi, y sabe de una manera positiva lo que pasa en California.

Un cuerpo de ochocientos californianos, mandados por el general Andrés Pico, recorría el campo cerrando el paso á los americanos.

El coronel Kearny cuenta sus hombres: eran ciento ochenta, pero resueltos á todo y bien disciplinados.

A pesar de la diferencia del número no vacila y da la orden de marchar contra el enemigo.

Americanos y californianos se encuentran el 6 de diciembre en la llanura de San Pascual.

La lucha fué terrible: vencida, la pequeña tropa americana era completamente anonadada.

Pero la victoria fué suya. El coronel Kearny, que á partir de aquel momento tomó el título de general, recibió dos heridas, y fueron muertos dos capitanes, un teniente, dos sargentos, dos cabos y diez dragones.

Por su parte, los californianos perdieron trescientos hombres.

A la mañana siguiente, un destacamento de marineros, enviado por el comodoro Stockton, encuentra á Kearny y se reúne á su tropa.

Con este refuerzo, el general continúa su marcha hácia el Norte, y en los días 8 y 9 de diciembre sostuvo con los californianos dos nuevos encuentros, quedando, como en el primero, por dueños del campo de batalla.

## VII.

Al mismo tiempo, Castro, fugitivo, se había lanzado contra la tropa del capitán Fremont, y envuelto por ella, se rendía con sus fuerzas.

Quedaban tan solo algunas tropas californianas en las cercanías de los Angeles.

En los primeros días de 1847 el capitán Fremont se reúne al general Kearny; los dos cuerpos reunidos marchan inmediatamente sobre los Angeles, baten á los insurgentes el 8 y 9 de enero y el 13 penetran en la ciudad.

La California estaba sometida.

El capitán Fremont fué promovido al grado de coronel y nombrado gobernador militar de la comarca.

Y, en fin, en el siguiente mes de febrero, el general Kearny publicó una proclama en la cual declaraba que, libres de sus compromisos respecto á Méjico, los habitantes de California eran ciudadanos de los Estados-Unidos.

### VIII.

Hallábase entonces en California un aventurero de origen suizo, capitán de la guardia real francesa hasta la revolución de 1830, y que, obligado á emigrar, había pasado á América con objeto de hacer fortuna.

Después de seis años de permanencia en el Missouri, había dejado este territorio por el de Oregon, donde comenzaban á encontrarse grandes recursos y hácia el cual, desde 1832, se dirigian algunos emigrantes.

M. Sutter franquea las montañas Pedregosas, atraviesa las llanuras habitadas por los serpientes y llega al fuerte Vancouver.

Pasa de allí á las islas de Sandwich y en



1839 se fija definitivamente en California.

El gobernador de la provincia, que empezaba entonces la colonizacion, concede gratuitamente al capitan Sutter una extension de treinta leguas cuadradas de terreno sobre las dos orillas del Sacramento, en el lugar llamado la Horquilla americana, y por otra parte, el gobierno mejicano le confiere poderes ilimitados en toda la extension de su distrito, tanto para la administracion de justicia como para el despacho de los negocios civiles y militares.

## IX.

M. Sutter escogió un montecillo situado á dos millas del Sacramento para establecer su residencia, y construyó en él, no una casa sencilla, sino una especie de fuerte.

Entró luego en tratos con un jefe de tribu, que se comprometió á proporcionarle tantos trabajadores como pudiese ocupar, y se arregló el precio, que debia ser satisfecho en vi-

veres, en telas de lana y artículos de quincalla.

Construido el fuerte, se trató de darle una guarnicion, que fué tambien reclutada entre los indígenas. Cuarenta indios fueron vestidos, disciplinados, instruidos en las manio-bras, y guardaron el fuerte con igual fide-lidad y una vigilancia más activa que las de las tropas europeas.

Este fuerte fué el principio de una peque-ña poblacion que hoy se llama Sutterville, en honor de su fundador; esta pequeña po-blacion se compone de una docena de casas.

M. Sutter habia trasportado á California casi todos los árboles frutales de Europa y consa-graba á su cultivo una gran extension de terreno. La viña, sobre todo, daba magníficos productos.

Pero la verdadera riqueza de M. Sutter, en la época en que el oro no habia sido des-cubierto, consistia en la cria de ganados y en la recoleccion de cereales.

En 1848 M. Sutter habia recolectado cua-renta mil fanegas de trigo.

Muy pronto, sin embargo, debía ser descubierta por él otra fuente de considerables riquezas.

El descubrimiento de las minas del Potosí fué debido á un indio que perseguía en la montaña un buey escapado del rebaño.

El de las minas del Sacramento fué debido también á una casualidad imprevista.

## X.

M. Sutter tenía necesidad de tablas para sus construcciones, y á una altura de mil piés sobre el valle del Sacramento encontró una especie de pino que juzgó muy á propósito para darle las tablas que necesitaba.

Inmediatamente, bajo la direccion de un mecánico llamado M. Marshal, hizo construir un taller de sierra, dotado de una máquina, puesta en movimiento por una caída de agua.

Resultó, sin embargo, que la salida de la presa era demasiado estrecha para dejar escapar el volúmen de agua que recibía, y sien-

do de grandes gastos la correccion de este defecto, el constructor dejó á la corriente el encargo de ensanchar y profundizar su cáuce.

Esto produjo que al cabo de algunos dias se formase bajo la caida de agua un depósito de arena y diversos detritus. M. Marshal, visitando el taller, vió algunas partículas brillantes en aquel monton de arena, las recogió y no tardó en conocer su valor.

Aquellas partículas eran oro puro.

M. Marshal dió parte de su descubrimiento al capitan Sutter, y los dos convinieron en guardar secreto; pero aquel secreto era el del rey Midas, y en el ruido del agua, en el murmullo de los árboles, en los gemidos del viento, parecia distinguirse esta palabra, que bien pronto habia de repetir los ecos más lejanos: ¡EL ORO, EL ORO, EL ORO!

Aunque esto no fué al principio más que un rumor vago, bastó, sin embargo, para que acudiesen al Sacramento los más aventureros de los habitantes de San Francisco y de Monterey.

Pronto los despachos oficiales del coronel Maron, del alcalde de Monterey, del capitán Folson y del cónsul de Francia, dieron noticia del descubrimiento.

Ya no habia duda; el Eldorado existia, la tierra del oro habia sido encontrada.

Y de todos los paises del mundo, como atraidos por las montañas de iman de las *Mil y una noches*, comenzaron á bogar hácia California buques innumerables.

## XI.

Veamos ahora como ha crecido la poblacion de California.

En 1802, el sábio Humboldt la evaluó en mil trescientos colonos blancos y quince mil quinientos sesenta y dos indigenas convertidos.

En 1842, M. Mofras consignó en su estadística cinco mil colonos blancos y cuarenta mil indios.

A principios de 1848, la poblacion blanca

era de catorce mil almas y la indígena permanecía estacionaria.

El 1.º de enero de 1849 habia veintiseis mil habitantes blancos; el 11 de abril treinta y tres mil, el 1.º de diciembre cincuenta y y ocho mil.

En pocos meses estos cincuenta y ocho mil habitantes se aumentaron con tres mil mejicanos que llegaban por la provincia de la Sonoma, dos mil quinientos pasajeros de todos los países que desembarcaban en Santa Fé, y treinta mil emigrantes que llegaban por las llanuras del Norte.

En fin, en la época de nuestro arribo, es decir, á mediados de 1850, la poblacion llegaba á ciento veinte mil almas.

En 1855 habrá llegado á un millon, y la ciudad de San Francisco será una de las más populosas del mundo.

Es la ley de las compensaciones; el Oriente se despuebla en provecho del Occidente, y San Francisco que nace, reemplaza á Constantinopla que muere.

## CAPITULO VI.

MI PRIMERA OCUPACION.

### I.

Eran las ocho de la mañana del 8 de diciembre cuando pusimos el pié en territorio californiano.

Aquel dia debíamos emplearlo en arreglar el terreno que habíamos escogido y en levantar las tiendas, que eran, como ya he dicho, los únicos albergues de que podíamos disponer.

Nos dividimos en tres tandas: los que componian la primera fueron á buscar estacas; los de la segunda abrian agujeros en la tierra para plantarlas, y el resto se ocupaba en levantar las tiendas: yo pertenecia á los últimos.

## II.

En cuanto á las mujeres que habian hecho el viaje en nuestra compañía, trece habian marchado inmediatamente á San Francisco, pues si ellas habian estado impacientes por llegar al término de nuestra larga navegacion, se las esperaba con más impaciencia todavía.

Nada tenia esto de sorprendente; en la época de nuestro arribo solo habia en San Francisco, segun mis noticias, que creo ciertas, veinte mujeres por noventa ó cien mil hombres.

La falta del sexo débil, dicho sea sin intencion bastarda, se dejaba sentir con exceso, y para remediarla, algunos buques habian ido á buscar mujeres á Chile.

Confieso que he sentido siempre que mis ocupaciones me hayan privado de contemplar el efecto que la llegada de nuestras trece pasajeras debia necesariamente producir en San Francisco.



## III.

En la mañana de aquel mismo día tuve el gusto de encontrar á mi antiguo amigo y vecino Tillier, que habia llegado quince dias antes que yo y se halla establecido en el campo francés.

Inútil es decir que volvimos á vernos con la mayor alegría de uno y otro y que partió conmigo su cabaña hasta que la mia estuvo en disposicion de ser habitada.

Tillier era demandadero en el puerto.

Uno de nuestros asociados tenia en su compañía á su mujer; ella se encargó de hacernos la comida, y un compañero fué enviado á comprar provisiones, no sin que antes le diese Tillier noticias exactas acerca de los precios corrientes en el mercado.

El encargado compró carne de vaca para hacer caldo, lo que nos permitiria preparar una buena sopa.

La sopa era el objeto de nuestra ambicion;



la sopa era lo que más habíamos echado de menos durante la travesía.

Afortunadamente, la carne de vaca no tenía un precio muy alto; de cinco francos que costaba algun tiempo antes, había bajado á poco más de dos la libra.

#### IV.

Lo que Tillier nos dijo respecto á los precios de todas las cosas, era verdaderamente espantoso.

El pan variaba de uno y medio á dos francos la libra, y estaba muy barato, pues poco antes había estado á un dollar.

Una habitacion de seis á ocho piés de anchura se alquilaba por término medio en quinientos francos al mes, pagando adelantado.

Una casa que no tuviera más que tres ó cuatro aposentos alcanzaba un alquiler mensual de tres mil francos.

El Eldorado, que este nombre se daba á

un edificio construido en la plaza de Portsmouth, habia costado cinco millones y medio, y su locacion ó arrendamiento ascendia á seiscientos veinticinco mil francos mensuales.

Teniendo en cuenta estos precios, no puede sorprender á nadie que el jornal de un esportillero ó de un cavador fuera de cuarenta á sesenta francos, y de ciento á ciento veinte el de un carpintero.

Un terreno concedido casi gratuitamente por el gobierno seis ó siete meses antes de nuestra llegada valia á principios de 1850 de ciento veinte á ciento cuarenta mil francos, los cien piés cuadrados, y sé de un compatriota que, en licitacion pública, adquirió un terreno de cuarenta y cinco á cincuenta piés de frente, por el precio de sesenta mil francos pagaderos en cinco años.

Tres dias despues de la compra lo arrendó por diez y ocho meses en sesenta y cinco mil francos, con la condicion de que todas las construcciones hechas en él durante este

tiempo pasarían á ser luego de su propiedad absoluta.

## V.

Los precios de los artículos pequeños guardaban proporcion con los que llevo indicados. Infinitas veces he oido el cuento de aquel pobre vendedor de huevos, que viendo á un vendedor de castañas hacer fortuna gritando: «¡Castañas de Lyon!» tuvo la ocurrencia de gritar á su vez: «¡Huevos frescos de Lyon!» Este vendedor, yo lo aseguro, se hubiera enriquecido en San Francisco, donde los *huevos frescos, que llegaban de Francia*, se pagaban á cinco francos.

Hay una historia de dos quesos de Gruyere, que se ha hecho proverbial en la gran ciudad californiana. Como eran los dos únicos quesos de esta especie que habian llegado á la poblacion, constituan una especie de aristocracia, y se vendieron hasta á trece francos la libra.

Un bote con dos marineros no se podia alquilar en menos de doscientos francos por seis horas.

Un par de botas de aguas, indispensables durante la temporada de lluvia, valia de doscientos á doscientos cincuenta francos en invierno y ciento á ciento veinte en verano.

Habia un gran número de médicos, pero la mayor parte no eran más que charlatanes, que al cabo tuvieron que abrazar otras industrias; solamente tres ó cuatro tenian reputacion é inspiraban confianza, y estos se hacian pagar ochenta y cien francos por cada visita.

Tambien se hablaba de fortunas verdaderamente maravillosas; algunos de mis compatriotas, que habian llegado á California un año antes con uno ó dos mil francos en el bolsillo, tenian entonces veinticinco mil libras de renta, no al año, sino al mes, aparte de los beneficios de su comercio.

Por regla general, estas enormes fortunas procedian de arrendamientos de habitacio-

nes, ó de especulaciones hechas con terrenos adquiridos á bajo precio.

Todas estas historias, que casi parecían cuentos de hadas, eran muy á propósito para llevar juntamente la esperanza y el temor al corazón de los pobres emigrantes.

## VI.

Nuestra sociedad habia quedado reducida á veinticinco individuos; los otros cuatro habian marchado á las minas el mismo dia de nuestra llegada.

Estos eran los que aún tenían dinero.

No nos extrañaba que las noticias que habíamos adquirido en Valparaiso fuesen tan contradictorias. En San Francisco mismo no se sabia á quien creer, y los plácemes más próximos, es decir, los del San Joaquin, estaban á diez ó doce jornadas de la ciudad.

Sin embargo, por opuestos que fuesen los rumores que de eco en eco llegaban hasta nosotros, podíamos deducir que el oficio de

buscador de oro era todavía el más lucrativo.

Peró para ser buscador de oro en California, como para ser mendigo en San Eustaquio ó en Nuestra Señora de Loreto, era casi necesario ser rico.

Por otra parte, en el momento de nuestra partida para las minas no hicimos alto en ciertos detalles, y ya se verá cuanto necesitábamos, con corta diferencia, para remontar el Sacramento ó el San Joaquin y hacernos mineros.

Hé aquí porqué he dicho que solo los más ricos habian podido dirigirse inmediatamente á los plácemes.

Se sabe que yo era de los más pobres, puesto que he vuelto mis bolsillos ante los lectores.

La cuestion estaba, pues, reducida á ganar la suma necesaria para el viaje.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

... de los ...

... de los ...

... de los ...

... de los ...

... de los ...

... de los ...

... de los ...



UN GIL BLAS EN CALIFORNIA.

---

